

DESDICHA



UN THRILLER
DE MISTERIO DEL
***DETECTIVE
HENSLEY***

RAÚL
GARBANTES

Desdicha

Raúl Garbantes

Edición Amazon Kindle

Copyright © 2019 Raúl Garbantes
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing
Lama Jabr y José Higa
Sídney, Australia
www.autopublicamos.com



Suscríbese a nuestra lista de correo para obtener una copia GRATIS de “La Maldición de los Montreal” y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Haga clic [AQUI](#)

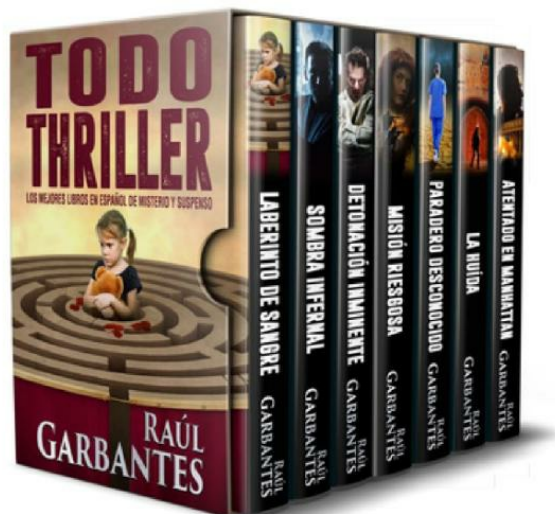
Últimas publicaciones del autor:

Todo Policiaca: Los mejores libros en español de detectives, misterios y crimen



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Todo Thriller: Los mejores libros en español de misterio y suspenso



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Notas del autor](#)

[Otras obras del autor](#)

Prólogo

Bar Harbor, Maine, Estados Unidos

Linda Conti no se sentía particularmente bien aquella noche, debido a la insistencia de una migraña que la había atormentado un par de horas antes. Siempre que aparecían los síntomas del dolor de cabeza, junto con la desagradable sensación de náuseas que venía desde el estómago hasta la garganta, aceptaba con resignación que todo su día estaría dedicado a intentar recuperarse del malestar. No importaba cuántas aspirinas se tomara o las horas que invirtiera tumbada en su cama con las luces apagadas, el efecto de la migraña abarcaría casi toda su jornada. Cuando eso ocurría, no tenía caso alguno oponer resistencia y la mejor alternativa era aplazar sus planes para otra ocasión.

Sin embargo, aquella noche, aunque Linda Conti no se sintiera bien, consideraba inadmisibile la perspectiva de cancelar sus planes. Aguantaría las secuelas de la migraña mientras no acabase de teñirse el cabello en el baño. Caroline, su única hija, de cinco años, jugaba en la habitación contigua. Los ruidos del televisor llegaban hasta ella, así como la voz de la niña cantando diversos temas de un juego de karaoke que le instaló a principios de la semana. A Linda le habría gustado pedirle que se acostara, pero prefería completar la tarea de estar lista antes de que llegara la niñera. La compositora era consciente de que regresaría a altas horas de la noche, y no iba a dejar a su hija sola en casa.

Linda planeaba reunirse con el nuevo dueño de Global Records, una disquera para la cual había trabajado durante los últimos tres años bajo las órdenes de una directiva completamente distinta. Tenía muchas esperanzas puestas en esa reunión porque veía posible que al fin le dieran la oportunidad por la cual llevaba años luchando. Durante mucho tiempo había trabajado como compositora y coescritora de canciones para diversos intérpretes famosos, creando una gran cantidad de éxitos que a ella le hubiera gustado guardar para el momento en que le permitieran grabar su propio álbum como solista. No obstante, los años pasaban y el talento de Linda era útil para las disqueras, un arma secreta para mejorar el trabajo de otros. Cuando se trataba de cumplir su sueño le ponían objeciones, ya que consideraban que su aspecto físico no era lo suficientemente atractivo para el mercado popular.

Las cosas podrían cambiar para ella muy pronto y llegarle su turno de

ser el centro de atención. Aunque las personas de la industria reconocían y admiraban su trabajo, todavía no había obtenido el nivel de fama de las cantantes cuyos videos musicales su hija admiraba e incluso quería emular. Linda deseaba que Caroline se sintiera orgullosa de ella, pero también quería el reconocimiento y el aplauso del gran público porque sentía que se lo merecía.

El nuevo director parecía muy interesado en hablar con ella sobre su futuro porque era consciente de lo que podía ser capaz de aportar. Esa noche tendrían una cena de trabajo en un restaurante lujoso. Linda tenía en mente mostrarle alguna de las canciones que planeaba incorporar dentro de su hipotético debut, resuelta a convencerlo a como diera lugar para conseguir un contrato de grabación. Confiaba en lo prometedor del nuevo material en el cual estaba trabajando y en que cualquier disquera daría lo que fuera por tener los derechos.

Así que, a pesar de la migraña que la atormentaba, se esforzaba en mantenerse entusiasmada, con el propósito de dar la mejor impresión posible tanto en su aspecto como en su talento. Su intención era lucir el máximo potencial de su apariencia física para hacerle ver que sí podía verse como esas otras cantantes sexis de voces débiles y ningún conocimiento sobre cómo se compone un buen éxito comercial. Si a eso le añadía su comprobado talento, entonces no habría manera alguna en que recibiera una objeción de su parte. Si a pesar de eso el director se negaba a darle luz verde, entonces no firmaría ningún otro contrato que involucrara compartir sus canciones para que otros le pusieran su voz. Le quedaban pocos años antes de que la consideraran muy vieja para ser una nueva cantante. Así que, era ahora o nunca.

—Mami, ¡ven a jugar conmigo! —le gritó su hija irrumpiendo en el cuarto—. Cantemos esa canción que tanto te gusta. La de Sasha B.

—Esa canción la escribí yo —respondió Linda tratando de no mostrarse exasperada—. Sasha apenas sugirió un par de cambios de palabras.

—¿Y por qué no apareces en su video? Hay muchas bailarinas con ella.

—Pronto me verás en mis propios videos, lo prometo —aseguró Linda más para sí misma—. Lo mejor es que te vayas preparando para dormir.

Caroline asintió de forma automática. Linda agradecía que su hija fuera tan obediente, sobre todo porque le había costado criarla sola y sin ayuda de nadie. El padre de la niña era un compositor fracasado que abandonó la ciudad cuando se enteró de la noticia de su embarazo, y no lo volvió a ver

desde entonces. A pesar de los intentos por contactarlo para que pagara la manutención, luego se enteró de que se mudó a Europa para eludir la responsabilidad. De este modo le tocó ser una madre soltera a tiempo completo, siendo esta otra característica que la hacía menos «rentable» para cimentar una futura imagen de cantante popular. Pese a ello, Linda era optimista y consideraba que a nadie le importaría los detalles de su vida privada mientras bailaran sus canciones.

Con el tinte de cabello fresco en su cabeza acompañó a Caroline de vuelta a su cuarto para vigilar que apagara el televisor y se pusiera el pijama. Justo entonces recibió una llamada telefónica. Su hija vio cómo el rostro se le puso tenso antes de colgar.

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Quién te llamó?

—La niñera canceló —respondió Linda acariciándose las sienes, sintiendo que la migraña arreciaba nuevamente—. Yo necesito asistir a esa cita y no podré conseguir otra niñera a tiempo. Caroline, querida, te dejaré sola un par de horas. Prometo que volveré pronto, y no te darás cuenta porque estarás dormida. Pero si algo llega a ocurrir, quiero que uses el teléfono que está en mi cuarto. Solo tienes que presionar el uno y marcará automáticamente mi celular. ¿Me entendiste?

—De acuerdo —dijo Caroline, sintiéndose algo somnolienta, mientras se acurrucaba en la cama—. ¿Puedo dejar la luz encendida?

—No la de tu cuarto porque entonces te desvelarás. Dejaré encendida la del pasillo con la puerta entreabierta. Duerme tranquila. Volveré antes de que despiertes.

Linda entonces recordó algo que ayudaría a que su hija no se sintiera asustada por la noticia de que se quedaría sola mientras dormía. Fue pronto a su cuarto para buscarlo y devolvérselo.

—Mira quién está aquí —anunció Linda—. No hay de qué preocuparse. El Señor Bigotes cuidará de ti.

Su hija sonrió, agradeciendo tenerlo de vuelta. El Señor Bigotes era su peluche favorito. Un hermoso oso que Caroline llevaba a todas partes. Días atrás sufrió un accidente que consiguió que se desmembrara un poco por haber quedado enganchado en unos arbustos. Cuando la niña tiró de él con desesperación fue mucho peor. Linda se encargó de coserlo ella misma y dejarlo como nuevo, ya que no quería engañar a su hija comprándole otro, porque sería mucho peor si se daba cuenta.

—Gracias por arreglarlo, mami —celebró Caroline—. Lo extrañaba

mucho.

Su madre se aseguró de ponerlo a un lado de la cama mientras acariciaba la cabellera castaña de Caroline. Al dedicarle una larga mirada, Linda se sintió embargada por la culpa. Era la primera vez que dejaba sola a su hija en medio de la noche. Estuvo tentada de llamar para cancelar la cita, aunque luego se recordó a sí misma de que probablemente no se le presentaría una mejor oportunidad para disuadir al nuevo presidente de la disquera antes de que sus decisiones fueran influenciadas por otras personas. Era el momento idóneo para causar una primera impresión que erradicara cualquier futura duda que se presentara más adelante. No existía razón alguna por la cual debiera preocuparse si su hija estuviera completamente dormida dentro de una casa completamente cerrada.

En cuanto a Caroline, no manifestó ningún temor a quedarse sola. El Señor Bigotes la hacía sentirse segura y protegida. Para el momento en que apoyó su cabeza sobre la almohada el calor de las sábanas comenzó a hundirla lentamente en el letargo. Al principio quiso resistirse concentrando la mirada en el haz de luz que entraba en su habitación, gracias a la luz del pasillo que su madre dejó encendida tal y como le prometió. Su intención era seguir despierta para enterarse cuando su madre saliera de la casa: tenía planeado hacer una incursión a la cocina para robar unas galletas y comérselas antes de dormirse definitivamente. A pesar de sus planes, el sueño no tardó en dominarla por completo, por lo cual nunca notó el instante exacto en que su madre salió, en el caso de que lo hubiera hecho.

Para el momento en que Caroline despertó alertada por un ruido, ella no supo si había dormido durante varias horas o unos pocos minutos. El sobresalto espantó sus ganas de seguir acostada. Esta vez sintió un miedo profundo cuando descubrió que seguía siendo de noche y el haz de luz ya no traspasaba la puerta de su habitación. Todo estaba completamente a oscuras a su alrededor, por lo cual no conseguía distinguir nada. Se preguntó si su madre seguiría en su habitación arreglándose o acababa de regresar. Estaba muy desorientada como para pensar con claridad, aunque el inexplicable miedo que sentía le impidió gritar el nombre de Linda.

La niña extendió las manos en torno a su cama hasta reconocer la textura suave y felpuda del Señor Bigotes. Esto la reconfortó de inmediato. Caroline abrazó el peluche y decidió salir de la cama para explorar la casa. No quería molestar a su madre, quien la regañaría si la encontraba despierta. Aun así, necesitaba comprobar si ella estaba realmente allí o se encontraba sola con el

Señor Bigotes.

—Acompáñame afuera del cuarto —le susurró Caroline al peluche—. No podemos encender ninguna luz, ni hacer ningún ruido.

Con absoluto sigilo Caroline salió de la habitación y poco a poco su vista se adaptó a la oscuridad. Las ventanas que daban al exterior recibían iluminación proveniente de la calle gracias a los postes encendidos o el paso veloz de algún automóvil. La niña sentía que el corazón se le aceleraba con cada paso. Sin embargo, abrazaba con más fuerza al Señor Bigotes para sentirse más calmada. Por un momento creyó escuchar un ruido proveniente de la cocina. Era posible que su madre se encontrara abajo preparándose un trago. Aunque igual le llamó la atención que la puerta de su habitación permaneciera abierta y que una pequeña luz que salía de allí indicara que alguien se encontraba en el baño. Era imposible que su madre estuviera en dos sitios al mismo tiempo. Este pensamiento la asustó. Le convenía salir de dudas y juntarse con su madre, aunque la regañara por estar despierta.

Caroline corrió hasta la habitación de Linda sin llamarla. Se detuvo en el umbral al encontrarla vacía, aunque luego echó una ojeada en dirección al baño. En efecto, la luz estaba encendida, y la puerta, entreabierta. La niña caminó lentamente hacia allí, como si estuviera en medio de una pesadilla de la cual pronto despertaría. Al asomarse dentro un hallazgo funesto la impresionó de forma profunda. Su reacción inmediata fue correr hasta la cama de su madre y meterse debajo de ella tapándose los ojos, aunque sin soltar al Señor Bigotes. Era imposible que fuera real lo que sus ojos vieron. Debía tratarse de una pesadilla.

Con la respiración acelerada, Caroline volvió a escuchar que se repetían los ruidos en la cocina. Luego oyó unos pasos que subían la escalera. Desde la posición en la que se encontraba tenía vista del pasillo, incluyendo la entrada que daba a su dormitorio. Al destaparse los ojos vio una sombra que se introducía en su habitación. Cuando desapareció tras la puerta la niña salió de debajo de la cama y corrió hacia afuera. Apresurada, bajó las escaleras como si el miedo tomara decisiones por ella sobre la marcha. La entrada principal también estaba abierta. Caroline salió y se quedó detenida en el porche sin saber qué hacer. Luego descubrió que el garaje también estaba abierto. Dirigió sus pasos hasta allá, creyendo que en ese lugar estaría más segura que si se alejaba de la casa. Todavía la atormentaban las imágenes de su hallazgo en el baño.

Caroline Conti descubre que el maletero del auto de su madre está

abierto y decide meterse ahí. Abrazando al Señor Bigotes, se envuelve en las mantas que encuentra dentro y se tapa en silencio, sintiendo que su cuerpo no para de temblar. Lo que acababa de presenciar es demasiado horrible como para que una niña de cinco años lo comprenda. Quiere permanecer dentro del maletero, a pesar de la incomodidad, hasta que alguien la encuentre o despierte de la pesadilla en la cual se ha metido. El calor del peluche le da la certeza de que la sombra que ha visto no logrará encontrarla. Mientras tanto, no tiene deseos de volver a entrar a su casa. Ahora está llena de monstruos que su madre no pudo vencer.

Capítulo 1

Eran las siete de la mañana cuando el detective David Hensley y su esposa se despiertan con la llamada desde la escena del crimen. David tarda en reaccionar al móvil, mientras que Louise se da vuelta para desperezarse. Ya está acostumbrada a esas timbradas matutinas. Hace tiempo dejó de sentirse tentada de tomar el celular de su esposo y pasárselo, con tal de dejar de escuchar el insistente tono de la llamada entrante. En cambio, siempre optaba por quedarse quieta esperando a que su marido se haga cargo. Nunca le gustó intervenir en sus asuntos de trabajo. Con actitud calmada se limita a observarlo fijamente, ejerciendo una presión silenciosa para que deje de fingir que puede seguir durmiendo.

David también se incorpora, tratando de alcanzar el móvil puesto en la mesita de noche al lado de él. Con un gesto de fastidio lo toma entre las manos mientras se encuentra con la mirada neutra de su esposa. El detective odia estas llamadas tempranas porque nunca auguran nada bueno. Generalmente significan que habrá desastres a lo largo del día. Pese a ello, coquetea unos segundos más con la idea de retrasar el momento de atenderla. La llamada cesa, indicativo de que ha sido colgada. El detective es consciente de que esos segundos de paz durarán muy poco antes de que vuelvan a requerirlo.

—No podrás escabullirte para siempre —se burló su esposa—. Además, ya nos han despertado.

—Eso no lo saben ellos —respondió David—. Dejemos que sufran un poco.

A Louise le encantaba la seguridad y el desenfado con que David se sabía imprescindible en su profesión. Los casos más difíciles de Bar Harbor y sus alrededores le eran asignados porque su récord de resoluciones era impecable. Louise apreciaba poder disfrutar de momentos como ese, en los cuales se mostraba de una forma que nadie más hubiera podido reconocer en él. Quienes conocían a Hensley en el campo profesional lo consideraban un hombre de modales toscos, verbo brusco y una actitud impasible que iba directo al grano. Su paciencia se agotaba rápido, aunque evitaba dejarse llevar por sus impulsos.

A sus cuarenta y seis años, David Hensley no se mostraba muy tolerante al momento de socializar con las personas y nadie nunca era capaz de

adivinar lo que estaba pensando, a menos que el detective lo revelara. Gracias a ello imponía respeto, incluso entre quienes ostentaban autoridad por encima de la de él. En cambio, con su mujer se mostraba galante y juguetón, tal como en ese momento, en el que agitaba el móvil entre sus dedos a la espera de que lo llamaran por segunda vez. Justo en ese instante Louise apreciaba su cuerpo musculoso, el cual no había perdido atractivo con los años, sino todo lo contrario. Como siempre, se le antojó deseable y tuvo ganas de acariciarlo. Sin embargo, la inevitable llamada volvió a repicar. Esta vez David solo esperó a que sonara dos veces antes de atender.

Su esposa se mantuvo a la expectativa. Aunque nunca se inmiscuía en su trabajo, se mostraba atenta porque luego veía en los noticieros aquellas cosas que David mencionaba de pasada. David respondía con monosílabos que no permitían adivinar exactamente lo que le estaban diciendo. Como era de suponer, se trataba de un asunto violento y urgente. Nadie llamaba a David Hensley para un caso que no involucrara al menos un homicidio terrible.

—Enciende el televisor —le pidió David a su esposa cuando colgó—. Debería estar allá en menos de una hora.

Louise entendió de qué se trataba cuando escuchó los primeros segundos de transmisión en el noticiero local. Por «allá», David se refería a la escena del crimen desde donde los periodistas reportaban el hallazgo de un cadáver. Se trataba de alguien medianamente célebre, o así le pareció al principio, aunque ella nunca había escuchado su nombre hasta ese momento. En vista de que era una cantante, creyó obvia la razón de su ignorancia al respecto. A su edad, desconocía quiénes eran los cantantes de moda o las celebridades. Sin embargo, luego se dio cuenta de que no era una artista realmente reconocida porque los reporteros se referían a ella de un modo muy impersonal. El verdadero interés de la noticia recaía en su cariz macabro y no en el nombre de la aspirante a estrella que no consiguió alcanzar de viva la notoriedad que ahora tendría debido a su muerte.

—Pobre muchacha —lamentó Louise, nunca sabiendo qué decir exactamente en esos casos—. ¿Quieres que te prepare el café mientras te bañas?

—Déjame a mí —pidió David—. Mejor sigue descansando. Todavía puedes dormir un poco más.

Louise sabía lo que su negativa significaba realmente. A David le gustaba prepararse su propio café negro sin ser supervisado, ya que acostumbraba a atiborrarlo de azúcar. En cambio, cuando ella lo hacía se lo

servía con leche y con poca azúcar, asegurándole que era más saludable. Así que no lo contradijo en su resolución y permaneció en la cama escuchando en bajo volumen la información que luego su esposo recibiría de primera mano al asistir directamente a la escena del crimen, incluyendo los detalles escabrosos que solo serían conocidos por los noticieros tiempo después. El sonido del agua que le llegaba del baño, mientras su esposo se duchaba, consiguió calmarla hasta hundirla en la cama, recuperando el sueño. Le tomaría la palabra a David y seguiría descansando, lamentando que él no estuviera allí para abrazarla.

Capítulo 2

Poco después de las ocho de la mañana, Hensley se detiene frente a la casa de Linda Conti. La escena del crimen ha sido acordonada y la puerta de entrada está completamente abierta. Para el momento de su llegada han conseguido despejar el lugar de los periodistas que allí se agolparon. Esto era un indicativo de que el cadáver ya había sido llevado a la morgue, marcando el nuevo destino a seguir para los reporteros. El detective agradece no tener que toparse con ellos, ya que los desprecia profundamente. Nunca pierden oportunidad de asaltar a detectives y policías con preguntas imprudentes, a sabiendas de que no están autorizados a responderlas. Aun así, supone que no tardarán en reaparecer, mientras, reciben instrucciones de sus jefes. Entretanto, le conviene a Hensley traspasar el cordón policial para acompañar a los oficiales que allí se encuentran y actualizar la información que maneja hasta ahora.

Algo que llama la atención del detective desde el primer momento es ver abierta la puerta del maletero del auto estacionado en el garaje. Reconoce a algunos miembros del equipo forense alrededor del vehículo. Al acercarse a saludarlos, le refieren que se están ocupando de este para remolcarlo al garaje del laboratorio lo más pronto posible.

—No entiendo —dijo el detective sin ocultar su extrañeza ante la imagen del maletero abierto—. ¿Acaso no encontraron el cadáver en su habitación?

—Sí, la mayoría está allá arriba analizando los artículos en torno al cadáver —dijo la forense, distraída con su toma de muestras—. El doctor Markesan ya debe estar por revisar el cuerpo que ha sido conducido a la morgue. Si quieres sube para que los oficiales te actualicen sobre lo que han determinado hasta el momento.

El detective se encoge de hombros, creyendo que no había nada que no supusiera de antemano. Según la llamada telefónica, le aseguraron que se trataba de un caso de homicidio por resolver con el hallazgo de una sola víctima. No comprendía por qué el garaje parecía de pronto tan importante para la investigación. Para salir de dudas hizo caso de la sugerencia de la forense, entrando a la casa de Linda. En todas partes había cordones amarillos, los cuales Hensley sortea para alcanzar la escalera de acceso a la planta superior. Tal como esperaba, hay un montón de policías y forenses

compartiendo impresiones. Cuando uno de los oficiales lo reconoce, demuestra su alegría al verlo porque esperan que el detective haga su aporte. Las conjeturas de Hensley son bien apreciadas por todos, ya que suelen ser lúcidas y esclarecedoras para establecer puntos de partida con los cuales llevar a cabo la investigación.

—¿La encontraron dentro de la bañera? —preguntó David al notar la actividad en torno a ella—. Vi que hay una parte del equipo en el garaje.

—La señorita Linda Conti fue hallada muerta en la bañera —reportó uno de los oficiales—. Sostenía esta guitarra eléctrica.

El oficial señaló un objeto envuelto en plásticos puesto sobre la cama. El detective le echó un vistazo, aunque sin abrirlo. Al tratarse de una persona asociada a la industria musical, no era descabellado que ocurriera un accidente de tales magnitudes. No obstante, el detective quería comprender por qué estaban tan seguros de que se trataba de un homicidio.

—Supongo que han descartado por completo la posibilidad de un accidente —apuntó Hensley—. O incluso un suicidio, aunque se trate de un método bastante original.

—El análisis del doctor Markesan nos confirmará las sospechas —refirió una de las asistentes forenses—. Obviamente, ha muerto electrocutada, pero hallamos indicios de violencia en su cuerpo. Hubo una pelea antes de que esto sucediera. Además está el hecho de que la niña no fue encontrada en ninguna parte.

—Entonces la señorita Conti tenía una hija —resaltó David—. A lo mejor huyó de la casa debido al susto.

—Encontramos cabello en la maletera del auto —explicó el oficial, aclarando el misterio de los forenses en el garaje—. Creemos que podría corresponder con la niña desaparecida. Caroline Conti apenas tiene cinco años. Dudo que haya tenido tiempo o fuerzas para ir muy lejos.

—Temen que haya sido secuestrada —adivinó el detective—. No solo estamos buscando a un culpable, sino a un testigo importante. Conseguir a la niña es la prioridad para resolver el caso. Ella nos llevará al asesino.

—Confiamos en que así sea, detective Hensley —coincidió el oficial—. Es ahí donde comienza su trabajo.

—De acuerdo —aceptó David—. En estos casos lo primero que debemos hacer es crear una lista de personas que conocieran tanto a la madre como a la hija. Los asesinatos combinados con secuestros suelen apuntar a personas que han tenido contacto previo con las víctimas.

—Bien pudo ser una venganza —añadió el oficial—. O una discusión que terminó acarreando graves consecuencias para todos.

—En cualquier escenario, el responsable necesita deshacerse de la niña —continuó David—. Quizá todavía no ha tomado una decisión respecto a ella y se siente culpable. En todo caso, lo pone en peligro de ser expuesto mientras siga viva.

—Si hubo un secuestro, quizá se pueda negociar un rescate —opinó uno de los presentes—. Hay que estar atentos a un posible mensaje de su parte.

—Lo dudo —aseveró Hensley—. Probablemente contamos con poco tiempo antes de que esa persona actúe con desesperación, porque la niña representa un obstáculo en su porvenir. Tampoco descartemos que pudiera tratarse de un psicópata sin remordimientos, y entonces ninguna conjetura importa realmente. Me reuniré primero con el doctor Markesan para tener el informe oficial sobre la muerte de la víctima.

Hensley hizo un gesto de despedida, dejando al resto ligeramente confundido, ya que esperaban contar con su presencia para la toma de muestras dentro de la casa. A David parecía no interesarle continuar allí, cuando podría estar en la morgue mientras el cadáver de Linda era examinado. Si había algo que a los demás les sorprendía sobre la manera de conducirse del detective era esa confianza a la hora de tomar resoluciones sin esperar órdenes directas de un superior. Hace tiempo se había ganado el privilegio de seguir su propio ritmo sin pedir permiso, o al menos así se lo hicieron creer.

Capítulo 3

El doctor Markesan no esperaba tan pronto la presencia del detective, asumiendo que la mayoría de los oficiales y parte del equipo forense seguían recolectando muestras en la escena del crimen. Pese a ello, estaba acostumbrado a que Hensley siguiera su propia agenda; así que lo recibió con gusto en la sala de operaciones. Le agradaba la idea de estar acompañado mientras inspeccionaba el cadáver de la mujer. Por su parte, para David representaba la ocasión perfecta de escuchar en tiempo real las impresiones del doctor a medida que avanzaba en su revisión.

Si había algo que le apasionaba a David, además de ser detective, era el acercamiento a las ciencias forenses. Todos los aspectos relativos a la autopsia, para determinar la forma y el tiempo exacto en que murieron las víctimas, le resultaban fascinantes. Debido a ello aprovechaba esas ocasiones en que se colaba para no perder de vista cada uno de los movimientos del forense, a medida que recolectaba información útil para el caso en el que estaba trabajando. En esa oportunidad no era solo su vocación soñada la que lo hacía acompañar al doctor encargado de abrir el cuerpo de Linda Conti, sino la premura de tener una pista lo antes posible. El secuestro de la niña era un suceso grave que exigía una atención inmediata.

—Esta fue una muerte lenta —reveló el perito levantando la mirada—. Cuando alguien se electrocuta recibe una sacudida y muere por el impacto de la corriente eléctrica si no consigue apartarse de ella a tiempo. En este caso, la guitarra permaneció conectada lo suficiente como para cocinar su interior, literalmente. Es algo similar a meterse en un microondas.

—Lamento escuchar eso —dijo David contemplando el cuerpo de Linda—. He visto toda clase de maldades en mi carrera, como podrás suponer, pero esta alcanza la cima de la lista. Solo espero que su hija no sufra un destino similar.

—Tengo entendido que era una cantante —refirió el doctor—. Pero nunca he escuchado su nombre.

—No era exactamente famosa —explicó David—. Pero trabajó para mucha gente que sí lo es. Escribió canciones que luego se convirtieron en grandes éxitos. Los asiduos de la música pop la conocían un poco mejor.

—No sabía que te gustaba ese tipo de música, detective Hensley —interrumpió la voz de una nueva visitante—. ¿Acaso no me esperabas?

—No pensé que también trabajaríamos en este caso —replicó el detective—. Como no te vi en la escena del crimen, supuse que esta vez iba por mi cuenta.

Se trataba de Sally Lonsdale, su compañera detective, con la cual había trabajado en sus últimos dos casos. Tenía esperanzas de que esta vez volvería a trabajar solo, como acostumbraba a hacer. Su llegada le hizo ver enseguida que también la llamaron para ayudar en el caso y tendría que lidiar con ella. Al detective no le desagradaba su presencia en sí, solo el hecho de compartir el trabajo con otra persona. Entre otras cosas porque debía evitar su carácter impulsivo a la hora de tomar riesgos. Entonces ponía en juego la seguridad de ella. David sospechaba que esa era la razón por la cual se la asignaron como compañera, como una forma discreta de controlar su carácter autónomo e independiente, al cual no siempre se le daba bien la obediencia hacia figuras de autoridad.

—Pues ya ves que no es tan fácil zafarse de mí —respondió Sally con acidez—. Por lo visto tú no quisiste estar mucho tiempo en la escena del crimen, según me dijeron.

—¿Y a ti qué te pasó? —interrogó Hensley con especial saña—. ¿Se te dificultó salir de la cama?

—No exactamente —le respondió, contraatacando, Sally—. ¡Estaba buscando osos de peluche en línea!

Hensley mira a su compañera y frunce el ceño ante lo que parece ser una broma que no comprende. La relación entre ambos era ligeramente tensa y lo manifestaban mediante el sarcasmo. En ocasiones, la brecha generacional creaba ese tipo de confusiones. Sally era consciente de que su compañero la veía como una novata, a pesar de su excelente récord académico y su buen desempeño en el trabajo de campo. Ella estaba dispuesta a combatir sus prejuicios demostrándole que era justo la compañera que necesitaba, aunque tuviera fama de trabajar solo. Por su parte, el detective se sentía ligeramente incómodo porque era una mujer guapa y no le gustaba imaginar que su esposa pudiera sentirse celosa por su culpa. Pese a ello, no se dejaba intimidar.

—Cada quien tiene sus gustos, supongo —acabó por decir Hensley sin ocultar su confusión—. ¿Estás en otro caso o te has vuelto loca esta mañana?

Acostumbrada a la actitud gruñona de su compañero, Sally se ríe al ver que ha malentendido sus palabras.

—Ninguna de las dos. Cuando estuviste en la escena del crimen,

supongo que enseguida notaste que el maletero del auto de Conti en el garaje estaba abierto.

—Fue lo primero que descubrí —asintió Hensley intrigado—. No me dieron razones al respecto y luego subí a la escena del crimen.

—Allí dentro había una manta que enviaron a los laboratorios —explicó Sally—. Se encontró el ojo de un oso de peluche en sus pliegues. ¡Había una niña en ese maletero, Hensley!

—La hija de la víctima —resopló David—. ¿Ya están analizando el ojo en el laboratorio?

—De ahí vengo —confirmó Sally—. Quería que lo vieras por ti mismo antes de compartirte lo que he conseguido.

El detective no sabía qué decir. Tenía dudas de abandonar la sala de operaciones y perderse algún hallazgo que hiciera Markesan en el cuerpo, pero al mismo tiempo veía que Sally estaba tras la pista de algo sustancioso para la investigación. El doctor se mantenía concentrado en su faena, aunque no por ello estaba completamente ajeno a la conversación entre los detectives. Pareciendo adivinar sus pensamientos, intervino:

—Acompaña a la señorita Lonsdale. Si descubro algo que pueda interesarte, te mandaré a buscar enseguida.

David agradece la promesa del forense y acompaña a Sally, quien lo guía hasta el segundo piso, donde están los laboratorios. Los expertos apenas se inmutan con su llegada, enfocando todos sus esfuerzos en los distintos elementos que le han sido enviados desde la casa de los Conti para un análisis inmediato. Sally se detiene frente a una bandeja, donde descansa el ojo de cristal encontrado en la manta. Hensley lo contempla con indiferencia, comprobando que, en efecto, parece ser la pieza rota de un juguete.

—Pues ya lo estoy viendo —expresó con hastío—. ¿Qué tiene de especial?

—Pertenece a un peluche cuyas características son especiales —resaltó Sally—. En Internet conseguí información interesante. El ojo se corresponde con un tipo particular, uno de estos osos de lujo que cuestan una fortuna.

—Una niña bien consentida por su madre —comentó Hensley—. Sigo sin entender por qué te parece tan importante.

—Es el tipo de juguete que puede rastrearse —continuó Sally—. Los fabricantes incluso colocan un número dentro de cada oreja de los osos, de modo que puedan encontrar al dueño si se pierden.

Sally alzó su iPad para que el detective apreciara la foto de los peluches

en cuestión, así como los códigos personalizados a los cuales se refería. Hensley tuvo que reconocer que era un hallazgo interesante, aunque no por ello constituía la mejor pista en la cual concentrar la investigación.

—Podríamos llegar a conseguir el juguete según ese código —indicó Hensley—. Aun así, eso no necesariamente nos llevará a la niña. Incluso si la niña lo llevaba consigo mientras fue secuestrada, no significa que permanezcan en el mismo lugar desde entonces. Igual me alegro de que alguien se haya puesto manos a la obra.

—¿Qué propones tú? —inquirió Sally de forma retadora—. ¿Cuáles son tus primeras hipótesis?

—Por lo pronto, indagar en las conexiones de Linda Conti —respondió Hensley—. Ahondar en sus relaciones personales y laborales, porque este asunto debe ser personal. Contactar al padre de la niña primero que nada.

—He conseguido un poco de información sobre ello —declaró Sally henchida de orgullo—. Se llama Marc Reynolds y es también músico. No vive en Estados Unidos. Igual podríamos contactarlo más adelante. Sin embargo, el padre de Linda vive diez millas lejos de aquí. Hablé con él hace un rato.

—Has cubierto todos los flancos —alabó Hensley impresionado—. Siento que he sido yo el que ha perdido tiempo. ¿Lograste averiguar algo a través de él?

—Pues fue quien le regaló el oso a la niña. Ella lo llama el «Señor Bigotes» porque le recuerda justamente a su abuelo. Está bastante afectado por la noticia y dice que prestará toda la ayuda que sea necesaria para que consigamos a su nieta.

—Me complace saber que la niña no estará sola en el mundo —dijo Hensley, añadiendo luego con un tono sombrío—: Siempre y cuando aparezca.

—Me dedicaré a corroborar otras conexiones —propuso Sally—. En especial en su trabajo. El uso de la guitarra como arma homicida a primera vista me parece simbólico. Como una discusión...

—Entre colegas —completó Hensley mirándola fijamente—. Yo también tuve esa misma impresión. Juzgué mal tu impuntualidad. Me retracto. Deberías llegar tarde a las escenas del crimen más seguido. Buen trabajo, detective.

A ella le complació escuchar este reconocimiento. Sally podía contar con los dedos de una mano las veces que él la había felicitado. Nunca era

realmente grosero, pero la aspereza de su comportamiento prevalecía en la mayoría de sus acciones. La detective estaba decidida a convencerlo de que el trabajo en equipo era tan importante como las otras mañanas que tan bien se le daban a Hensley cuando se hacía cargo de una investigación. Este pequeño intercambio de cumplidos representaba un enorme triunfo.

—De todos modos, tenemos a una niña desaparecida —continuó Hensley—. Y un asesino a la fuga. No debemos distraernos por completo con peluches de lujo. Sugiero que averigüemos dónde la señorita Conti consiguió su guitarra, si ella pertenecía a algún grupo de músicos, si tuvo una aventura y quién tenía motivos para matarla.

—Me parece apropiado —aceptó Sally—. En el medio donde ella trabajaba no debe ser muy difícil ganarse enemigos. La competencia puede llegar a tornarse tóxica, especialmente entre los artistas.

—Sí, su profesión parece ser la clave del conflicto —reafirmó Hensley—. En cuanto a Caroline, deberíamos organizar un grupo de búsqueda en la playa y en las lagunas, en este tipo de secuestros, suelen deshacerse de las víctimas arrojándolas en esos lugares. Esperemos que la persona que abrió el maletero del auto para dejarla salir no la haya lastimado; de lo contrario, el tipo tendrá dos asesinatos en su hoja de antecedentes penales: cadena perpetua y sin libertad condicional.

Una furia casi imperceptible brilló en la mirada del detective, aunque no pasó desapercibida para su interlocutora. Sally no pudo estar más de acuerdo. Secuestrar a los niños era, en su opinión, el más sucio de los crímenes. El agresor podría pudrirse en prisión.

—Hablemos con ambos padres —sugirió Sally, refiriéndose tanto al padre de Linda como al de Caroline—. E insisto en que no perdamos de vista al Señor Bigotes.

—Comenzaré a preocuparme por tu obsesión —aseguró Hensley con fingida seriedad—. He leído reportajes interesantes sobre personas a quienes les agradan los peluches de un modo muy especial.

—¡Grotesco! —reaccionó Sally—. Jamás se me hubiera ocurrido algo así.

Ambos rieron con la gracia, lo cual ayudó a aligerar las pequeñas incomodidades que aún existían entre ellos. A pesar de la renuencia a trabajar acompañado, el detective Hensley comenzaba a tolerar la idea poco a poco. Entretanto, la detective celebraba en silencio, dispuesta a ganarse tanto el respeto como la complicidad de su admirable colega.

Capítulo 4

A bordo del SUV de Hensley, el detective y su compañera discuten los apuntes hechos hasta el momento mientras se dirigen rumbo a la casa del señor Adam Conti. Sally no necesitó convencerlo de aceptar una visita como parte de la investigación. El hombre se manifestó totalmente preocupado por la situación. No solo le afectaba la muerte de su hija, sino que además quería participar de forma activa en la búsqueda de su nieta. Así lo manifestó en la llamada telefónica que ella le hiciera, lo cual les daba la excusa perfecta para ir directamente a su casa. Hasta ahora era la mejor inversión de tiempo que podían hacer mientras no surgiera una pista concreta.

Cuando el abuelo Conti abrió la puerta comprendieron enseguida por qué su nieta lo asociaba con el oso de peluche al cual llamaba Señor Bigotes. Es un hombre rechoncho con un bigote tupido y grande. Parece un hombre agradable, aunque, precisamente, el bigote lo hacía lucir más viejo de lo que en realidad era. El señor los invitó a entrar enseguida prescindiendo de las formalidades, lo cual el detective aprovechó para interpellarlo sin rodeos:

—Señor Conti, espero que no le moleste si le hacemos algunas preguntas sobre su hija...

Adam levantó una mano para detener a Hensley. A pesar de su aspecto bonachón, el hombre se veía profundamente afectado por la noticia. Al momento de hablar se frotaba los ojos para evitar que las lágrimas lo delataran.

—Lo siento, detective Hensley. No quiero parecer grosero, pero mi nieta está desaparecida. Entonces, antes de responder sus preguntas sobre Linda, ¿por qué no me deja ayudar a localizar a Caroline?

—Ya tenemos un grupo de búsqueda —intervino Sally antes de que Hensley metiera la pata con su rudeza—. Revisarán primero los alrededores de la casa y demás lugares frecuentados por Linda y su hija. Así que no tema, que existe un trabajo simultáneo mientras hablamos con usted.

—Su testimonio puede ayudarnos a encontrar soluciones eficaces —explicó Hensley amoldándose a la situación—. Tenemos entendido que es el familiar más cercano para ambas víctimas. Por eso necesitamos hacerle varias preguntas sobre la vida de Linda Conti.

—Es parte de nuestro trabajo —añadió Sally—. Generalmente, cuando creamos un perfil de las víctimas, podemos hallar puntos de conexión con

alguien que pudiera ser sospechoso de un crimen.

—Comprendemos la situación que está afrontando —terció Hensley—. Lamentamos la muerte de su hija, y por eso agradecemos su recibimiento dadas las circunstancias. Si lo hace es porque también es consciente de que hay esperanzas para encontrar a su nieta sana y salva. Por lo tanto, tal vez podría ayudarnos con un posible motivo del secuestro, o desaparición de Caroline.

Adam se tumbó en un sofá, exhalando un suspiro de tristeza y resignación. Toda la fortaleza que quiso aparentar al momento de darles la bienvenida se había evaporado rápidamente. Estaban ante un hombre quebrado por las emociones de pérdida e incertidumbre que lo embargaban. Las palabras se le atoraban en la garganta, hasta que al fin reunió fuerzas para hablar.

—Lo diré ahora antes de que lo escuchen en otra parte. Mi hija y yo apenas nos hablábamos. Aunque igual mantenía contacto con Caroline. Me arrepiento de muchas cosas que le dije a Linda, a sabiendas de que ya no tendremos ninguna oportunidad para reconciliarnos. Pero en este momento mi preocupación principal es mi nieta. Adoro a esa niña y me haré cargo de ella cuando aparezca.

—¿Cuál era el conflicto entre usted y su hija? —preguntó Hensley—. No tenemos dobles intenciones con esta pregunta. Simplemente queremos entender mejor qué problemas existían en la vida de Linda.

—Ella estaba frustrada y era infeliz —reveló Adam—. Estaba perdiendo su juventud y su talento servía para que otros se hicieran famosos a costa de ella. Ella lo sabía, pero al mismo tiempo temía renunciar a sus privilegios. Además se relacionaba con personas que a mi parecer podrían ser una mala influencia para mi nieta.

—¿Qué tipo de personas? —preguntó Sally—. ¿Se refiere a su entorno de trabajo?

—Sí y no. Ya sabe cómo es la vida de algunos músicos populares. Están ahí por la fama y el dinero. No realmente por el arte. Entre ellos hay demasiados que se rinden fácilmente a los excesos. Quizá haya sido prejuicioso de mi parte, pero no quería que mi nieta creciera en ese ambiente. Entonces le dije que debía cambiar su vida porque nunca sería famosa. Eso enfrió la relación entre nosotros.

—Comprendo —dijo Sally—. Aun así no le negó el contacto con su nieta.

—No lo hizo —confirmó Adam—. Aunque en los últimos meses ya no veía a mi nieta tan seguido como antes debido a ese distanciamiento. Prácticamente debía concertar una cita para verla y esperar a que Linda me confirmara su disponibilidad, ya que ella no la traería hasta mi casa. Era una forma de torturarme por dudar de ella.

—Lástima que no hayan podido arreglar la situación entre ustedes —expresó Sally—. ¿Usted cree que Caroline reconocería a la persona que asesinó a su madre?

—Probablemente —asintió Adam—. Es una niña muy inteligente y sociable. Conoce a todos los amigos de su madre. Solo espero que no haya sido el asesino quien la dejó salir de ese maletero; de lo contrario, estaría en manos de alguien que podría hacerle cualquier cosa.

—Creo que tiene razón, señor Conti —afirmó Hensley tosiendo educadamente—. Y también creo que sería una buena idea si pudiera escribir los nombres de las personas que Linda conocía.

—Haré lo que pueda —enfaticó Adam—. No será una lista definitiva, por mucho que quisiera, pero les daré todos los nombres que estuvieron asociados a mi hija hasta donde llega mi conocimiento.

Capítulo 5

La entrevista con el señor Conti no fue tan esclarecedora como Hensley hubiera deseado. Además del conflicto familiar entre él y su hija, no descubrieron algo significativo sobre Linda que les permitiera desarrollar conjeturas tempranas acerca de la razón por la cual fue asesinada. Junto con Sally regresaron a la comisaría, con la intención de reportar a sus superiores lo averiguado hasta el momento.

El caso se comentaba en todas partes. Los detectives debieron esquivar las preguntas impertinentes de los oficiales más curiosos. Hensley anticipó que este tipo de reacciones serían peor en los días siguientes. La muerte de Linda y el secuestro de su hija eran carnada jugosa para captar titulares sensacionalistas. La cantante al fin conseguiría el nivel de fama que en vida no pudo lograr.

Ryan Stone, el capitán de la jefatura, los recibió en su despacho inmediatamente, anunciándoles que incluso canceló una reunión que tenía en la tarde para concentrarse por completo en la resolución del caso. Cada vez que un crimen creaba un revuelo mediático convenía prestarle mayor atención para evitar la mala prensa. El asesinato de Linda podría conectarse directa o indirectamente con la industria musical, por lo cual afectaba intereses mayores a los que por lo común se preveían en esta clase de investigaciones.

Tras escuchar el reporte de los detectives, Ryan les explicó la importancia de comprometerse al cien por ciento. Mientras la niña no apareciera y no tuvieran un sospechoso, la credibilidad de la jefatura del condado estaba en juego. Aunque Hensley fuera un detective con una excelente reputación y Sally representara una joven promesa, la percepción sobre ellos podría cambiar radicalmente ante el más mínimo fallo. Aunque Stone confiaba en el trabajo de sus detectives, también tenía la responsabilidad de representar a la justicia de Bar Harbor. Hensley comprendía lo que esto significaba entre líneas: si no resolvían con éxito el caso en tiempo récord, no dudarían en prescindir de ellos.

—Linda Conti estaba bajo contrato en Global Records —expuso Ryan—. Me han contactado personalmente esta mañana para prestar colaboración en la investigación. Le pagaban cantidades nada despreciables de dinero por componer música para otros artistas. Sin embargo, su contrato estaba por

finalizar y un nuevo director asumiría el mando de la disquera. Así que se estaba negociando su recontractación. El problema es que ella aspiraba a que le permitieran grabar su debut.

—Y supongo que a la disquera le convenía más como compositora —intervino Hensley—. Entonces ella no aceptaría renovar el mismo contrato.

—Así parece. La noche del asesinato tenía una cita con el nuevo director para discutir el asunto. Ella habló de presentarle unas nuevas canciones que había creado para su disco. Aparentemente estaba muy entusiasmada por ese nuevo material.

—Sospecho que hay algo más, ¿no es cierto? Si en el pasado Linda no fue material de interés para ser promovida como cantante, no creo posible que eso fuera a cambiar.

—El principal interés de la disquera estaba en las nuevas canciones. Era extraño que Linda hablara de unas nuevas canciones y no existiera registro alguno de ellas en la disquera. Temían que estuviera grabándolas por su cuenta en otros estudios.

—No puedo dejar de pensar en la guitarra como arma homicida —intervino Sally—. ¿Acaso pensaba llevarla a su encuentro con el nuevo director? Si quería mostrarle las nuevas canciones, lo más seguro es que quisiera tocárselas.

—Hay otro agravante —reveló Ryan—. La disquera quería mantenerlo en secreto para resolver la situación internamente. Ahora, con el asesinato de Linda, se complica para ellos ocultar esa información. Los medios pronto la conocerán, y por eso quieren que se resuelva el caso antes de que afecte el negocio.

—Ya imaginaba que la colaboración no era completamente altruista —observó Hensley con cinismo—. Ahora nosotros sufriremos las consecuencias de que descubran la basura que intentaron meter bajo la alfombra. ¿De qué se trata ese secreto?

—Supongo que se han familiarizado con el perfil de Linda Conti —continuó Ryan luego de la interrupción de David—. Ella ha escrito varias canciones exitosas para varios artistas del país. Probablemente las han escuchado sin saber quién era su verdadera autora. En la disquera estaban contentos con su trabajo hasta hace unas cuatro semanas, cuando algo salió mal.

El capitán les contó que Charlie Dormers, un baterista de una banda no tan conocida, lanzó una demanda contra Linda por plagiar sus letras y robar

algunas de sus canciones. El caso fue desacreditado cuando Charlie no pudo demostrar sus afirmaciones: el dispositivo USB que contenía las letras de las canciones que él había escrito se perdió. A pesar de eso, todavía existía una investigación interna para determinar qué hacer con Linda. Por lo tanto, cuando ella habló de unas nuevas canciones de las cuales nadie más en la disquera tenía conocimiento se dispararon las alertas.

—Querían descubrir si eran las canciones de Dormers —dijo Hensley a modo de conjetura—. Pues creo que estamos menos desorientados que antes de entrar a su despacho. Al menos ya tenemos a un potencial sospechoso, aunque no diría que es el único.

—¿A qué te refieres? —cuestionó Ryan—. Además del baterista, ¿en quién recaen tus sospechas?

—La gente de la disquera. A ellos les conviene que el sospechoso no tenga ninguna relación con ellos. No estoy diciendo que el asesino forme parte de la nómina de Global Records, pero considero elemental que no descartemos ninguna opción. Trabajamos para la justicia del Estado, no para ellos.

—En eso coincidimos —aceptó Ryan—. Pero debemos ser prudentes y hacerles creer que estamos de su parte. Y aprovechar al máximo cualquier colaboración que quieran prestarnos.

—Debemos tener cuidado con la agenda de esos ejecutivos —opinó Sally—. Los intereses de ellos no pueden hacernos perder de vista el objetivo principal: conseguir a Caroline.

—Tienes razón —aceptó Hensley—. Cada hora que pasa podría ser crucial y decisiva para ella. Sin embargo, todo está relacionado. Si conseguimos al culpable, encontraremos a Caroline.

—Queda de ustedes —les dijo Ryan, despidiéndolos—. Vuelvan a mi oficina cuando tengan una pista real.

Hensley y su compañera abandonaron el despacho del capitán para reunirse en la oficina del detective, la cual compartiría con ella mientras trabajaban juntos. Sally insistía en la importancia de enfocarse en Caroline. Parecía preocupada por el futuro de la niña de un modo particularmente personal. Discutir sobre ello representaba un punto sensible, como si se sintiera culpable por el hecho de no saber todavía dónde buscarla. El detective reconoció en ella las emociones propias de quienes apenas están comenzando su carrera, a quienes les cuesta separar lo profesional de lo personal. Esa clase de sentimientos entorpecerían su compromiso con el caso

y a la larga acabarían perjudicando la investigación. Él no quería sentirse afectado por esa misma trampa porque comprendía los peligros que traía para su propia estabilidad emocional.

—Ahora encontremos a Charlie —dijo Hensley mientras se sentaba en su escritorio—. No nos hará bien sentirnos responsables por su desaparición. Haremos todo lo posible, pero hay que aceptar todas las probabilidades.

Sally de pronto reconoció en el detective aquello que él no era capaz de mencionar, ese asunto relacionado indirectamente con su pasado del cual nunca antes hablaron, pero del que ella era consciente. Si el detective trataba de no pensar en Caroline era porque eso le recordaría su propia pena. Buscarla era como abrir una herida que apenas estaba cicatrizando en su corazón. Desde que su hija murió en combate, en Afganistán, Hensley no manejaba los incidentes que involucraban a los niños muy bien.

—Haré las pesquisas necesarias para conseguir al baterista —aceptó Sally—. También trataré de contactar al padre de la niña. Aunque aparentemente no haya tenido contacto con ellas en mucho tiempo, sigue siendo una figura clave en la vida de ambas víctimas.

Sally se sentó tras la pequeña mesa que le instalaron para revisar su *laptop* y atender un par de llamadas. Entretanto, Hensley redactó un informe preliminar, en el que transcribía los resultados de las pruebas forenses y la entrevista que le hicieron a Adam Conti. Al cabo de un rato, Hensley rompió el silencio para demostrarle a su compañera que no se estaba tomando la búsqueda de la niña a la ligera, ni poniéndola en segundo plano.

—¿Cómo va el proceso de encontrar a Caroline?

—No hay gran avance —respondió Sally—. Los perros han recogido su olor en el patio de recreo cerca de South Beach y ahora están concentrando la búsqueda en los bosques que bordean las dunas. Pero no parece haber ningún signo de lucha en ninguna parte.

—Aún la mantiene cautiva. Dudo que el secuestrador haya tenido tiempo de abandonar el condado. Así que deben estar ocultos en algún lugar no muy lejano mientras él decide lo que hará.

—Ojalá tuviera la valentía de entregarse y devolver a la niña. Pero eso sería esperar demasiado. Tampoco hay señales del Señor Bigotes, lo que es una buena noticia.

—Me había olvidado por completo del peluche. Deben estar juntos, entonces. Propongo que te tomes un descanso. Mañana nos espera un largo día. Yo terminaré de escribir el informe.

Un rato más tarde, Hensley fue sorprendido por la reacción de Sally cuando recibió un mensaje en su correo. Aplaudió con entusiasmo, como si se hubiera ganado la lotería. Así se lo hizo notar el detective. Ella enseguida le aclaró el motivo de su celebración.

—He conseguido la información de contacto de Marc, el padre de Caroline. En efecto, actualmente vive en París.

—Tu eficiencia no deja de sorprenderme —la felicitó Hensley—. ¿Lo llamarás mañana?

—¿Por qué no ahora? Tenemos más de seis horas de diferencia. Allá estará saliendo el sol.

—Apenas —replicó Hensley tras hacer un conteo mental—. Técnicamente lo despertarás para darle una mala noticia.

—Él las abandonó. No merece demasiadas consideraciones a estas alturas. Es probable que mañana tengamos un día ajetreado. Este es el momento perfecto.

—Bien —concedió Hensley—. Asegúrate de ponerlo en altavoz para escuchar. Aunque yo no intervendré.

A Sally le complació que el detective la dejara actuar con libertad conforme a sus propias iniciativas. Hablar con el padre de Caroline era una acción obligatoria, incluso si no conseguían a través de él ninguna información esencial para la resolución del caso. Al menos les permitiría comprender más sobre la vida de Linda Conti. Lo que la hacía sentirse ligeramente nerviosa al respecto era no estar del todo segura de si Marc ya estaba enterado de los más recientes acontecimientos sobre la muerte de su ex y el secuestro de su hija. Linda no era tan famosa como para que el eco de lo ocurrido trascendiera de inmediato las fronteras del país. Aunque a Sally no le agradaba la idea de ser emisaria de malas noticias, se sentía preparada para lidiar con la situación con profesionalismo. Ninguna reserva le impediría cumplir con su trabajo.

Una voz somnolienta atendió la llamada a París tras el tercer repique. Cuando Sally se cercioró de que era Marc Reynolds quien contestaba al otro lado de la línea se presentó enseguida, aunque sin revelar de inmediato la razón de su llamada. Hensley se cruzó de brazos detrás de su escritorio y escuchó con atención, tomando la precaución de no mirar a su compañera para que no se sintiera intimidada por su supervisión. Sally agradeció este comportamiento porque ya comenzaba a sentirse ligeramente nerviosa mientras hablaba.

—¿Una detective de Maine? —repitió Marc absolutamente confundido—. Hace mucho tiempo que me mudé. Ya no vivo en Estados Unidos y no he vuelto en mucho tiempo.

—Cinco años, para ser exactos —puntualizó Sally—. La edad de su hija Caroline.

—¿Eres trabajadora social? —preguntó Marc exasperado—. Supongo que esto es un intento de Linda para que pague la manutención. Pues a duras penas me mantengo con lo poco que gano.

—Le repito: soy detective especializada en delitos como secuestros y homicidios. Linda no me ha mandado a llamarlo. Veo que no se ha enterado de la terrible noticia, aunque ahora no estoy segura de que realmente le interese.

—¿Cuál noticia? No tengo tiempo para perder en bromas de mal gusto. Dígale a Linda que se invente algo mejor.

Sally buscó al detective con la mirada. Fue la primera vez que se vieron desde que marcó el número. Hensley hizo un gesto de asentimiento para que al fin le revelara a Marc lo que desconocía sobre Linda y su hija.

—Linda Conti ha muerto —dijo Sally con el tono más formal posible, aunque se sintió extraña al escuchar sus propias palabras—. Y han secuestrado a Caroline. Actualmente desconocemos su paradero. Si no me cree, podrá comprobar la información fácilmente buscándola en Internet.

Al otro lado de la línea solo se escuchó un hondo silencio. Sally pensó por un instante que Marc había colgado, pero al fondo creía notar su respiración.

—Lo lamento mucho —expresó Marc tras balbucear un poco—. No debí responderle de la forma en que lo hice, detective. Ni siquiera sé qué decir. Linda y yo perdimos el contacto hace mucho tiempo.

—No lo he llamado para escudriñar en los detalles de su vida personal —aclaró Sally—. Queda de parte de su consciencia hacer las reflexiones que crea conveniente. Simplemente necesitaba corroborar que usted no se encontraba en Maine. Intentamos conseguir a Caroline y necesitamos reducir la lista de sospechosos.

—Comprendo mejor el motivo de su llamada. ¿Qué sucederá con la niña cuando la encuentren?

—Su abuelo se encargará de ella.

—Al menos no estará sola —expresó Marc como si intentara buscar una justificación para sí mismo—. En serio lamento mucho que esto haya

ocurrido. ¿Hay algo en lo que yo pueda ayudar?

—Lo dudo, teniendo en cuenta la distancia geográfica —respondió Sally con un tono inflexible—. Sin embargo, podría responderme unas preguntas. Prometo que no serán de carácter personal en relación a su vínculo con Linda.

—Por supuesto. Lo que sea necesario si contribuye a que se resuelva esta situación lo más pronto posible.

—¿Le suena familiar el nombre de Charlie Dormers? —preguntó Sally—. ¿Sabe de qué forma está relacionado con Linda o su hija?

—Por supuesto que lo conozco —reveló Marc para sorpresa de los detectives—. Charlie era el baterista de mi banda. Conoce a Linda de los tiempos en que ambos salíamos. Luego se disolvió la banda, yo terminé con Linda y decidí irme a Europa. Desconozco si entre ellos hubo algún contacto, aunque no dudo de que Charlie quisiera propiciarlo.

Marc les contó que antes de que él y Linda se hicieran novios, ambos competían para ver cuál conseguiría enamorarla. De cierta forma, Linda rechazó los avances del baterista porque solo tenía ojos para su amigo. Sally le contó sobre la disputa legal que existía entre ellos, pero Marc aseguró que no tenía idea de ello.

—No creo que Linda haya accedido a tener ningún romance con él, ni siquiera después de mí. A ella no le agradaba la personalidad de Charlie. Pero quizá hayan mantenido algún tipo de relación artística porque él tenía buenas ideas a la hora de componer canciones. Aunque con Linda nunca se sabía qué tramaría luego.

La observación de Marc le resultó desagradable a Sally. Ni siquiera sabiendo que estaba muerta restringía los impulsos de hablar mal de su ex. Luego este quiso saber el motivo por el cuál le hacían esas preguntas sobre Charlie. La detective no le reveló que el baterista era el principal sospechoso porque no consideró pertinente divulgarlo con alguien que no parecía conservar ningún aprecio hacia Linda. Cuando Sally notó que la conversación llegó a un punto muerto, en el cual Marc no tenía nada más interesante que decir, supo que era el momento de dar por terminada la llamada. Los pocos minutos hablando con él bastaron para sentir una profunda antipatía hacia ese hombre. Le costaba asimilar que alguien consciente de su paternidad se mantuviera al margen de la responsabilidad de hacerse cargo de una hija y que, aún sabiendo lo que ocurrió, no mostrara iniciativa de querer hacerse cargo de ella.

—Gracias por la información, señor Reynolds. Manténgase atento a los noticieros si algo de esto le interesa. Lo dejo en paz para que retome su sueño.

Sally colgó, con una exhalación de hastío y amargura. Hensley se dio cuenta enseguida de que la llamada la había alterado.

—¿Todo bien? —preguntó el detective—. Menudo imbécil, ¿eh?

—Su hija no le importa en lo más mínimo. Al menos ahora sabemos que Charlie conocía a Linda antes de que naciera Caroline.

—Supongo que eso nos confirma que buscar al baterista sigue siendo la prioridad. La disquera estará complacida con ello.

—No trabajamos según su agenda. Podremos continuar sin solicitar el apoyo que han ofrecido. ¿Sigues teniendo sospechas de que haya algún otro sospechoso además de Charlie?

—Estoy un poco más convencido de que Charlie es el hombre que buscamos —aclaró Hensley—. Pero me cuesta creer que llegara hasta el punto de asesinar y secuestrar. Al mismo tiempo, me cuesta tratar de entender sus motivaciones porque acciones criminales como esa nublan la objetividad de mi juicio.

—Te entiendo perfectamente. Solo puedo pensar en Caroline.

Pronto sería la medianoche y ambos continuaban trabajando en la oficina. Hensley vio que Sally lucía agotada, aunque no hiciera mención sobre ello. El detective consideró que ya habían hecho suficiente por un día.

—Sally, propongo que te tomes un descanso. Pediré un taxi para ti. Mañana nos espera un largo día. Yo terminaré de escribir el informe y también iré a casa.

—Puedo acompañarte hasta que termines. No tengo sueño.

Hensley se negó amablemente, solicitando un taxi para su compañera.

Aunque no se lo reconociera a sí misma, ni mucho menos a Hensley, lo cierto era que Sally se sentía absolutamente cansada. Al principio opuso resistencia a la sugerencia del detective, pero luego aceptó que un buen descanso le caería bien para su desempeño en los días sucesivos. Por lo pronto, se iría a su casa con el desalentador pensamiento de que todavía no habían encontrado ninguna pista útil. Le resultaba inevitable pensar en cómo se sentiría Caroline en ese momento, consciente de que su madre estaba muerta, dependiendo enteramente de lo que decidiera sobre ella el culpable de su orfandad.

Capítulo 6

Hensley salió de la oficina en plena madrugada, sintiendo que cada músculo de su cuerpo resentía las horas de estar sentado frente a una computadora. El trabajo de oficina no era algo que particularmente le agradara. Siempre prefería cualquier cosa que involucrara a su pensamiento en función de la acción para aprovechar el estado de alerta en que sus sentidos se mantenían de forma constante. En esta oportunidad el cansancio le pesaba, aunque no con la gravedad suficiente para querer ir a dormirse.

Cuando abordó su vehículo, el detective manejó en círculos a lo largo de la carretera todavía sin tomar la decisión de irse directamente a su casa o hacer una parada en otro lugar. Uno de sus pasatiempos favoritos era conducir sin rumbo fijo a altas horas de la noche porque las calles estaban desiertas, la silenciosa calma le producía un efecto de relajamiento instantáneo. También le gustaba hacerlo porque contemplaba la posibilidad de que a esa misma hora algún criminal estuviera a punto de cometer un delito. Hay veces en las que fantaseaba imaginándose a sí mismo como un vengador salido de las historietas. Sin embargo, no se veía a sí mismo como un héroe, sino más bien como un huraño misántropo que todavía creía en que hacer lo correcto era lo único que merecía la pena, aunque fuera poca la diferencia que hiciera.

Al pasar por un cruce que lo llevaría directamente hacia su casa sintió una resequedad particular en la garganta, la cual tuvo deseos de aplacar con un trago. En su mente confrontó la tentación de detenerse en un bar para saciarse. Sin embargo, luego pensó en que su esposa estaría sola en casa, esperándolo; aun cuando estuviera durmiendo. Siempre era consciente de que Louise se preocupaba por él cuando trabajaba en un nuevo caso que lo obligaba a llegar tarde o incluso amanecerse en el trabajo. Comprendía que en un trabajo como el de su esposo las probabilidades de morir o ser herido en pleno ejercicio eran mucho más altas de lo que a ambos les gustaría admitir. En ese momento tuvo deseos de estar con ella porque el solo pensamiento de imaginarla sola, tal y como Linda lo estuvo, le causó un ligero escalofrío.

A diferencia de la cantante, su esposa tenía a alguien que velaba por su seguridad. Por lo tanto, no había razón alguna para deambular como un solitario por las calles cuando existía para él un lecho cálido y una mujer que

lo amaba. Estas reflexiones fueron suficientes para que emprendiera el camino hacia su casa lo más pronto posible. No creía que alcanzaría a dormirse de inmediato, a pesar de que le tocaba madrugar para continuar con la investigación al día siguiente. Aun así, el simple hecho de estar acostado en su cama mientras su esposa dormía sería reconfortante.

Tal como lo imaginó, Louise ya estaba acostada cuando él entró sigilosamente al cuarto. Hensley se desvistió despacio observando la espalda desnuda de ella, que se asomaba entre las sábanas. Algún movimiento involuntario mientras dormía la había desarropado, exponiéndola al frío del aire acondicionado. A Hensley le produjo ternura esa imagen, como si se tratara de un polluelo que ha caído fuera del nido y al cual era necesario devolver antes de que algo malo le ocurriera. Con delicadeza, el detective se acercó al borde de la cama para arrojarla. Aunque lo hizo con extremo cuidado de no despertarla, ella sintió el suave roce de la cobija sobre su cuerpo. Aún no se había dormido profundamente, por lo cual abrió los ojos.

—Hola, guapo —saludó Louise con una vocecilla—. No pensé que te vería esta noche.

—Necesito descansar —le dijo Hensley—. O al menos pretender que lograré dormirme.

—Acuéstate a mi lado, entonces. Y finjamos juntos que estamos durmiendo.

Hensley obedeció la sugerencia de su esposa. Se terminó de quitar todas las prendas de vestir para echarse al lado de ella, hundiéndose de igual forma entre la gran cobija que compartían.

—Si quieres vuelve a dormirte. No es justo que te mantengas despierta por mi culpa.

—Permanecer despierta a tu lado es mejor que haberme quedado dormida pensando que no lo estarías.

—Luego de este caso pediré unas vacaciones —prometió Hensley—. Lamento no poder darte siempre todo el tiempo que mereces.

—Lo importante es que hagamos valer el tiempo que compartimos —subrayó Louise, acomodándose de tal forma que se abrazó al pecho del detective—. Te noto inquieto. ¿Te preocupa algo en particular sobre este caso? Estoy segura de que lo resolverás con éxito, como siempre.

—A veces hallar a un culpable no siempre representa el verdadero éxito en una investigación. El verdadero reto es salvar al inocente antes de que sea demasiado tarde.

—¿Te refieres a la hija de la cantante? —adivinó Louise, quien había visto las numerosas noticias que transmitieron sobre el asesinato de Linda a lo largo del día—. Es una pena que siga sufriendo cuando ya ha perdido a su madre. Pero estoy convencida de que la salvarás.

—Eso espero —dijo Hensley dejando escapar un inquietante suspiro—. No sé por qué tengo un mal presentimiento. Es algo que no me suele pasar.

—Es normal que te afecte, por muy duro que suelas ser contigo mismo y tus sentimientos en estos casos. Esta vez se trata de la vida de una niña en peligro. A veces es inevitable hacer proyecciones personales.

Ambos sabían a lo que ella se refería, por lo cual no hacía falta señalarlo directamente. El recuerdo de Diana pesaba entre ellos como una sombra triste sobre la que rara vez se permitían hablar. Las veces en que lo hacían, ella acababa ahogada por el llanto. Habían pasado cinco años desde su muerte. Era una joven de apenas veinticuatro años con un futuro por delante. El detective nunca estuvo de acuerdo en que ella se enrolara en el Ejército para pelear en una cuestionable guerra. Por su parte, Diana consideraba que era un deber cívico que la hacía sentir orgullosa sobre sí misma y la carrera militar en la cual soñaba progresar. Diana y su padre mantuvieron acaloradas discusiones en las que ambos quedaban molestos el uno con el otro, mientras, Louise trataba de buscar un punto medio para reconciliarlos. Hensley sentía que su hija había muerto estando molesta con él, ya que nunca tuvo la oportunidad de decirle que la apoyaba, aunque no estuviera de acuerdo con su decisión.

Actualmente, Louise soportaba mejor la pérdida porque en su momento no tuvo reparos en exteriorizar su dolor. A veces pensaba en si no había sido un error conformarse con Diana como hija única, pero enseguida comprendía que, aunque existieran otros hijos en su hogar, eso no mitigaría la tragedia de lo ocurrido. Aprendió a reconciliarse con la idea de que Diana vivió una buena vida a pesar de su brevedad, había alcanzado parte de los sueños que se propuso y sus padres hicieron todo lo posible para que fuera feliz, aun cuando hubieran cometido algunos errores. Estas certezas le producían una serenidad que si bien no erradicaba la tristeza, al menos la hacía tolerable.

Un caso distinto era Hensley respecto a la muerte de Diana. Acostumbrado a la contención de sus sentimientos, cargaba consigo todo el peso de ese inmenso sufrimiento que nunca se dio la oportunidad de desahogar. Ella comprendía que era algo que su esposo debía hacer a su debido tiempo, aunque pasaran muchos años antes de que se diera cuenta.

Cuando eso ocurriera, confiaba en que estaría ahí a su lado para reconfortarlo.

—Hoy pensé mucho en Diana —confesó Hensley—. Trataba de recordarla como era cuando tenía la edad de Caroline. Eso me hizo sentir más rabia hacia la persona que se atrevió a secuestrarla.

—Tú no habrías permitido que eso le sucediera —repuso Louise—. Diana fue una niña protegida. Tuvo la mejor infancia que pudimos darle.

—¿Crees que haya sido suficiente? Quizá pudimos hacer más.

Louise comprendió que ya no estaban hablando sobre la investigación. Ahora comenzaban a entrar en un terreno mucho más profundo y personal. Ella no estaba segura de si era el momento adecuado para ahondar en ello. No obstante, deseaba que su esposo sintiera absoluta confianza de expresar sus sentimientos. Así que buscó su mano entre las sábanas para apretarla con un tacto lleno de dulzura.

—Sí, lo hicimos. No dudes en que Diana fue una niña alegre. También fue una mujer feliz. Ella eligió su propio camino para sentirse bien consigo misma.

—Yo quise interponerme en su decisión de ir a Afganistán. Se fue pensando que yo rechazaba la vida que eligió.

—No creo que lo haya visto de esa forma. Ella sabía cuánto la amabas.

Hensley se quedó en silencio por un largo rato. Su esposa permaneció expectante a que dijera algo nuevo que expresara lo que sentía sobre su pelea con Diana.

—Caroline tendrá un abuelo que la cuidará —dijo Hensley cambiando el tema de manera radical—. No estará totalmente sola en el mundo. Debemos asegurarnos de que obtenga esa segunda oportunidad.

Louise sintió una mezcla de alivio y tristeza. Era preferible que mantuviera su mente despejada de asuntos personales para no entorpecer su trabajo. Por otra parte, ella se preguntaba cuánto tiempo más podría pasar antes de que estallara, de qué manera se expresarían esos sentimientos que no dejaba aflorar. El trabajo era su mejor escape para ignorar lo que le dolía o no pensar demasiado en ello. Igual también existía el peligro de que encontrara allí una forma de desahogo perjudicial cuando aparecía un caso que lo confrontaba directamente con su pasado. En esta oportunidad, Caroline representaba para Hensley una visión de Diana cuando era una niña cuya protección corría a cargo de su responsabilidad como padre. Por lo tanto, se sentía obligado a salvarla como si todo dependiera de él.

—Tú y tu equipo harán todo lo posible —afirmó Louise dándole a

entender que no trabajaba solo—. Aunque ten en cuenta que no tenemos control absoluto sobre el futuro.

—Sé lo que estás pensando. Tienes miedo de que me lo tome personal.

—Honestamente, sí.

—No te preocupes por mí, cariño. Para eso me asignaron una nueva compañera. A ella le toca ser la voz de la razón cuando quiera dejarme llevar por mis impulsos.

Hensley sintió que el cuerpo de su esposa se puso rígido. Eso era un indicativo de que la información no era completamente de su agrado.

—Ya me hablaste antes de ella —recordó Louise—. No pensé que seguirían trabajando juntos para otros casos. ¿Es guapa?

—Sí, ¿por qué? ¿Estás celosa?

Algo que a Louise le gustaba de David era que nunca se andaba con rodeos para decir lo que intuía o para anticipar las reacciones de otros y señalarlas a tiempo. Esto había sido una virtud dentro de su matrimonio, gracias a lo cual evitaban toda clase de conflictos. Cuando Hensley sospechaba que su esposa estaba triste, enojada o incómoda, enseguida demostraba interés en hablar sobre ello. Gracias a esto se resolvían las situaciones a tiempo y no se acumulaba ningún resentimiento por algo que ella no se hubiera atrevido a expresar en el momento justo.

—¿Debería estarlo? —preguntó Louise tratando de parecer relajada—. Ya me conoces. No me gusta compartir lo que es mío.

El detective se incorporó ligeramente para buscar el rostro de su esposa y besarla. Cuando apartaron sus labios, ambos rieron.

—No hay nada por lo cual debas preocuparte —prometió Hensley—. Yo solo tengo ojos para ti.

—Eso no significa que otras mujeres no te pongan los ojos encima —bromeó Louise—. No las culparía.

—El ambiente en el que trabajamos es muy pesado. Lo que puede pasar es que terminemos odiándonos. Sally es una buena chica. Aún está formándose y aprendiendo. Apenas tiene tres o cuatro años más de los que tendría Diana actualmente.

—Es una suerte que tenga a un detective de tu talla como su mentor y compañero.

—No me gusta ser un maestro.

—Pero te gusta ser un padre. Eso es algo que jamás se pierde.

—Tienes razón —admitió Hensley sintiendo una nueva oleada de

tristeza en su interior—. El hábito de ser padre se mantiene de formas inesperadas.

Esta vez fue Louise quien tomó la iniciativa de besar a su esposo. Parecía imposible a esas alturas que pudieran conciliar el sueño, a pesar de que el detective necesitara reponer fuerzas antes de enfrentar la jornada que se le avecinaba. Sin importar cuán avanzada estuviera la noche, Hensley se conformaría con dormir apenas un par de horas si era lo que le restaba. No quería desaprovechar la oportunidad de hacer feliz a su esposa, así que correspondió su beso con caricias. La pasión los elevó a ambos a ese nivel de conexión íntima en donde los problemas del trabajo quedaban suspendidos hasta que saliera el sol, y de igual manera se acallaba por completo cualquier otro pensamiento doloroso en torno al pasado o el futuro.

Capítulo 7

A Sally le costó conciliar el sueño. Apenas había logrado dormirse a intervalos cortos a lo largo de la noche. Sin embargo, entre la resignación de no conseguir descansar hasta que saliera el sol y el agotamiento de su cuerpo, al final logró sumirse en un sueño profundo. O más bien, cabría decir, en una pesadilla sin fin.

La detective se vio a sí misma corriendo en el bosque, sin saber si estaba huyendo o persiguiendo a alguien. Cuando vio que una sombra corría rauda a poca distancia, al frente de ella, entendió que alguien no quería ser capturado por sus manos. Sally siguió corriendo hasta que le faltó el aire, sintiéndose obligada a descansar para recuperar el aliento. Nadie la acompañaba. Ni Hensley ni ningún otro oficial. Estaba por su cuenta y de la detective dependía atrapar a esa sombra, así como protegerse de ella.

Cuando estuvo a punto de reanudar la carrera escuchó un llanto que retumbó en todo el bosque, magnificado por el eco. La tristeza de aquel llanto la hizo sentirse ansiosa porque no sabía exactamente de dónde provenía. Era como si la fuente estuviera en todas partes y, al mismo tiempo, en ninguna. Sally cerró los ojos para distinguir con mayor claridad la naturaleza de ese llanto, así como su procedencia. Al resonar nuevamente, esta vez más fuerte que antes, se percató de que quien lloraba era una niña pequeña. El corazón se le aceleró con este descubrimiento. Sentía la obligación de rescatarla en dondequiera que estuviera escondida. ¿Acaso la sombra le había hecho daño? ¿Era esa la razón por la cual la perseguía?

Sin embargo, los contornos del bosque de su sueño se hacían difusos conforme más intentaba acercarse al lugar que creía reconocer como el origen de la voz. Cada vez que intentaba gritar para responderle a la niña que lloraba, las palabras se le atoraban en la garganta como si le fuera imposible emitir algún sonido. Justo entonces se dio cuenta de que, fuera del llanto de la niña, todo estaba absolutamente enmudecido. Los pasos que daba, o cada vez que apartaba las ramas de un árbol para avanzar, o hasta su propia respiración, nada de eso producía sonido alguno. Todo ruido grande o pequeño había sido removido por completo. No obstante, sus oídos no estaban fallando, porque el llanto de la niña seguía escuchándose. Era como si ese fuera el único sonido legítimo en un mundo que se quedó sin voz.

A medida que se adentraba en el bosque para seguir el rastro del llanto,

Sally ya no vio la sombra que la perseguía al principio. De vez en cuando volteaba, temiendo que esta reapareciera a sus espaldas para atacarla. Intuía que la presencia de esa sombra y el llanto de la niña estaban íntimamente ligados de alguna forma que no alcanzaba a comprender. Lo que más le asustaba era la imposibilidad de estar alerta ante cualquier amenaza que no se presentara frente a su campo de visión. Por esa razón, consideró oportuno rodear los troncos de los árboles con la espalda en contra de ellos para así ver a su alrededor al pasar de un árbol al siguiente y más próximo.

El sonido del llanto cambiaba de modulación de un momento a otro, de tal forma que a veces parecía provenir del árbol más inmediato, mientras que otras veces ella creía que el origen estaba más allá del bosque. Se sentía agotada de tanto buscar a esa niña que no terminaba de aparecer, pero que tampoco se callaba. Mientras siguiera llorando, significaba que continuaba con vida. Por lo tanto, su responsabilidad era protegerla de la persona que le estaba haciendo daño, sin importar cuán difícil fuera encontrarla.

En algún punto de su caminata desorientada se sintió fatigada. Aunque consideraba que detenerse sería mortal para la niña, su cuerpo necesitaba unos minutos para recomponerse. Puso sus manos sobre las rodillas, exhalando hondamente. Fue entonces cuando se le ocurrió una idea que antes no había pasado por su mente. Reaccionó enseguida, casi de manera instintiva, arrojándose al suelo para cavar en la tierra. Ahora comprendía por qué nunca llegaba a acercarse a la fuente del sonido y por qué se amplificaba a lo largo del lugar. La niña no estaba en algún punto del bosque que no consiguió explorar, sino enterrada debajo de él.

Sally cavó y cavó hasta encontrar un túnel. Esta vez escuchó con más claridad la voz de la niña que gritaba pidiendo ayuda. Querían que la sacaran de allí, decía que le costaba respirar. La detective quiso responderle que no se preocupara, que todo estaría bien porque ella estaba ahí para sacarla. Sin embargo, la voz seguía sin poder salir de su garganta. Esto no la detuvo para actuar. Estaba decidida a cavar hasta el fondo de la tierra tan hondo como fuera preciso para rescatarla sana y salva. Así lo hizo durante un largo rato, con gotas gruesas de sudor surcando su frente. Cada vez se encontraba más cerca de llegar hasta la niña. Se sentía segura de ello porque la voz sonaba más próxima y a su alcance.

Hasta que finalmente la vio: una hermosa niña abrazada a sus piernas y con una expresión de profunda tristeza. Sally le tendió la mano para que se aferrara a ella con el objetivo de sacarla. La niña negó con la cabeza.

Antes de que Sally pudiera responderle, la sombra volvió a aparecer. Esta vez la atacó directamente. Ella sintió que unas manos atenazaban su cuello, alzándola por encima del suelo para arrojarla a la misma fosa donde la niña había sido enterrada. Cuando la soltaron, la caída fue larga y desesperante. Nunca llegó a tocar el suelo porque en ese preciso instante se despertó sobresaltada.

—Sally, ¿estás bien? Me despertaron tus gritos.

Era Berta, su madre, quien, frente a ella, la miraba de pie con aspecto preocupado. Las luces de su habitación estaban encendidas. Sally tardó unos segundos para volver en sí y darse cuenta de que todo lo que había experimentado no fue más que una terrorífica pesadilla. Pese a ello conservaba la angustia que el sueño le hizo sentir, como si se tratara de una premonición.

—Fue solo un mal sueño, mamá —se disculpó Sally—. Puedes irte a dormir de nuevo. No pasa nada.

—Si quieres puedo prepararte un té —propuso Berta—. Como cuando eras una niña.

—No hace falta, mamá. Ya estoy bien.

—¿Me contarás el sueño al menos?

Sally accedió a su petición. Le contó con lujo de detalles la pesadilla que la hizo gritar de ese modo. Al hacerlo, le sorprendía que pudiera recordar con tanta claridad todo lo que vio. Esto la hizo sentirse más abrumada, aunque no hizo mención alguna de que todavía estuviera perturbada.

—Al parecer, me siento afectada por el caso en el que estoy trabajando —analizó Sally—. Me siento obligada con Caroline. Quiero salvarla del daño que podrían hacerle si permanece más tiempo secuestrada.

—Es comprensible que te sientas así. Pero te sugiero que no te dejes afectar más de lo debido. Lo que ha sucedido es terrible. Sin embargo, pase lo que pase, no será tu culpa.

—Sigue siendo mi responsabilidad. Y la cumpliré hasta el final.

Su madre no refutó su apasionada afirmación. Ella respetaba el trabajo de su hija, comprendía que ya era una mujer adulta que sabía lo que estaba haciendo. Sin embargo, le preocupaba el hecho de que si no conseguía cumplir con esa responsabilidad tal y como lo pretendía, se sentiría entonces desmoralizada e inútil. Ya en el pasado había ocurrido algo parecido, aunque bajo circunstancias distintas y más personales. Cuando el padre de Sally murió en un accidente de tránsito por culpa de un conductor distraído, que no

se detuvo en el momento que le correspondía según las señales de tránsito, ella hizo todo lo posible para que el responsable tuviera una condena mayor que una multa. A pesar de que la justicia debía estar a favor de las demandas de Sally, el hombre tenía contactos y pertenecía a una familia influyente, por lo cual no se cumplió el veredicto que ella reclamaba. Luego de eso Sally estuvo a punto de renunciar a su trabajo como detective. Su madre al final la convenció de que eran las personas como ella las que más hacían falta desempeñando oficios como el suyo, para hacer un necesario contrapeso en aquellos lugares donde reinaba la corrupción y la impunidad. Si volvía a ocurrir una situación similar, entonces regresarían nuevamente las dudas que renovarían los deseos de desertar de la Policía.

Berta optó por quedarse acompañando a su hija, acostándose a su lado, aunque ella no se lo pidiera. Sally puso objeciones al principio, hasta que acabó aceptando que estaría mejor durmiendo acompañada el resto de la noche. Le reconfortaba saber que su madre estaba allí para ella; algo que Caroline ya no podría decir en lo sucesivo. Esta idea la entristeció. De pronto imaginó cómo se sentiría si alguna vez llegaba a convertirse en madre de una niña como Caroline, o la que vio en su sueño. El mundo no era un lugar seguro para las criaturas más inocentes. Le resultaba insoportable suponer la clase de mala noche que la pobre niña estaba viviendo en aquel momento. Por fortuna para Sally, no dormiría sola. Berta solo se levantó para apagar las luces. Gracias a ello no notaría las lágrimas que corrían por los ojos de su hija en aquel momento, pensando en el sufrimiento de Caroline, mientras ansiaba recuperar una segunda vez el sueño que había sido tan esquivo, con la esperanza de que no la asediara una pesadilla peor.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, Hensley busca a Sally en la puerta de su casa. El detective nota que su compañera luce menos abatida que cuando salió de su despacho. Las horas de sueño contribuyeron a renovar la buena voluntad de resolver el caso sin dejarse llevar por el desconsuelo. David comprendía que la clave para sobrevivir a ese trabajo era mantener una actitud serena que no dejara de estar anclada en el realismo.

Para el momento en que salían de sus hogares, dispuestos a enfrentar los problemas del mundo, les convenía aceptar que eran unos simples peones de un juego que no siempre ganarían. Los intentos no siempre serían suficientes, pero era todo lo que tenían. Hensley era consciente de que a Sally le costaría llegar a ese tipo de resoluciones. Mientras tanto contaba con la fortuna de trabajar con un compañero como él, quien estaba dispuesto a guiarla sin hacerse notar.

—Te tengo algunas noticias importantes —le dijo Hensley mientras conducía—. Al menos sobre Charlie.

—¿Lo ubicaron? —preguntó Sally entusiasmada—. No fue fácil de localizar para mí cuando estaba en tu despacho. No a través de los mecanismos formales. No existe ningún registro público de su domicilio o número de teléfono.

—No tiene una residencia propia. Por fin logré conseguir su nombre en un registro de casas móviles de South Beach. Allí vivió por un tiempo, en lo que sería un campamento permanente para otros en iguales condiciones. Gracias a eso conseguí registros en lugares similares en otros estados. Digamos que el hombre lleva una vida de gitano.

Hensley conducía rumbo al campamento en cuestión para corroborar el paradero de Charlie Dormers, con la intención de interrogarlo en el caso de que estuviera allí. El detective tenía pocas esperanzas de hallarlo, y al mismo tiempo eso era justo lo que deseaba. Si Dormers estaba en el campamento, reduciría las sospechas en su contra, dejándolos de nuevo desorientados. Oficialmente no tenían ninguna prueba para detenerlo, a pesar de que su pugna legal contra Linda le daba motivos de sobra para acentuar la existencia de un conflicto entre ellos. Quedaba pendiente saber si esa disputa era más grande de lo que parecía.

Al llegar al sitio en cuestión se estacionaron para recorrerlo caminando.

El campamento de casas móviles era una extensión de terreno donde la distribución lucía desigual, por lo cual era difícil orientarse. A los detectives les dio la impresión de estar dentro de un laberinto, solo que la intención no era hallar la salida, sino encontrar la casa móvil correcta. Cada paso que daban los hacía toparse con distintos tipos de familia, las cuales hacían sus respectivos oficios, indiferentes a lo que ocurría a su alrededor.

—¿Cómo a alguien le gustaría vivir en un lugar así? —preguntó Sally por lo bajo—. No debería ser legal que un niño crezca en estas condiciones.

—Un hogar es algo más que un lugar. Es mejor que estar en la calle. Y les da la libertad de comenzar de nuevo con mayor facilidad si no han conseguido las oportunidades que buscan.

—¿Y qué oportunidades buscaba alguien como Charlie? ¿El trabajo de Linda? ¿O la fama que ninguno de los dos logró alcanzar?

—Los músicos tienen personalidades complejas. Sus egos no son fáciles de complacer y muchas veces no se llevan bien entre ellos. Creo que estamos perdidos. Lo mejor es que preguntemos para ver si alguien conoce a Charlie.

A Sally le pareció oportuna la recomendación. Cuando hallaron a una mujer que estaba haciendo unas prácticas de yoga al aire libre le preguntaron sobre Charlie Dormers. Como era de esperarse, ella no tenía idea de quién estaban hablando. Les aseguró que nadie se reconocía entre sí porque constantemente llegaban o se iban nuevas casas móviles. De todas formas les recomendó hablar con el supervisor del campamento, ya que era el encargado de llevar un registro sobre todos y ubicar a los recién llegados en los espacios desalojados del campamento. Lo natural era que cuando alguien se marchara se lo notificara al supervisor.

La mujer les dio instrucciones claras sobre cómo llegar a la casa móvil en donde este hombre vivía, por lo que no tardaron en encontrarlo. Era un anciano con buenos modales que se mostró atento al momento de recibirlos, sobre todo con Sally, con quien se esforzó en demostrar su caballerosidad. El detective no quiso perder tiempo y le preguntó directamente sobre el baterista.

—Nunca me sé todos los nombres —se excusó—. Revisaré el registro.

El anciano sacó un cuaderno desgastado en el que anotaba los nombres de las personas que llegaban al campamento. No le costó ubicar el que buscaba porque aparecía mencionado en los registros de salida.

—¡Ya recuerdo a ese muchacho! —indicó el anciano—. Abandonó el campamento antes de que saliera el sol. Prácticamente me despertó.

—De casualidad, ¿le dijo adónde iba? —preguntó Hensley—. ¿Sabe si piensa regresar?

—Parecía con intenciones de no volver —respondió el supervisor—. No acostumbramos a hacer muchas preguntas siempre y cuando paguen la renta semanal. El joven cumplió con sus pagos el tiempo que permaneció aquí.

—¿Algo más que pueda decirnos sobre él? —insistió Sally—. Es urgente que lo contactemos, incluso para su propia seguridad.

Aunque Hensley no se había presentado directamente como detective, el anciano sospechaba que no eran dos personas comunes quienes preguntaban por Charlie. La intervención de Sally le hizo comprender que el asunto era de carácter policíaco. Esto lo hizo sentirse nervioso porque no quería perjudicar el campamento.

—Me gustaría poder ayudarlos mejor —se disculpó el supervisor—. Solo vivió aquí un mes y era de hábitos nocturnos. Nunca se despertaba antes de las tres de la tarde, y cuando salía no lo veía hasta el día siguiente. Por eso me sorprendió verlo tan temprano. No tengo idea de hacia dónde se dirigía, pero vi que tomó el camino hacia el norte. Apenas han pasado dos horas. No puede haber ido muy lejos.

—Nos ha ayudado mucho —agradeció Hensley—. Tratemos de alcanzarlo. Odio perseguir gente a través del campo.

Capítulo 9

Arrastrar una casa móvil a lo largo de las calles y carreteras, cuando la temporada de verano ya pasó, lo hace a uno muy visible. Por esa razón Hensley tenía grandes esperanzas de hallarlo en la carretera norte si es que no se detenían. El detective conducía en los límites de la velocidad, lo cual hizo que Sally se sintiera inquieta.

—¿No deberíamos pedir refuerzos? —preguntó—. En el caso de que debamos hacer una detención, nos convendría estar amparados por presencia policíaca.

—Eso sería llamar innecesariamente la atención. Creo que podremos manejarlo entre nosotros dos por el momento. La mayor ventaja que tenemos sobre el asesino de Linda es que este no se sepa descubierto. La vida de Caroline depende de ello. Todavía no estamos seguros de que Charlie es el hombre que estamos buscando.

—Su huida del campamento habla en su contra —resaltó Sally—. ¿Por qué crees que iría hacia el norte? Quizá el supervisor del campamento se equivocó o quiso desviarnos intencionalmente.

—El abogado de Charlie vive en Augusta. Anoche, después de que te fuiste, recibí todo el material asociado a su demanda contra Linda. Intenté contactar al abogado. Solo me atendió la contestadora. Si yo fuera Charlie, consultaría con mi abogado, en el caso de haber recuperado mi dispositivo USB.

—Entonces supones que Charlie mató a Linda para buscar ese dispositivo con sus canciones —puntualizó Sally—. Secuestrar a la niña solo complicaría su situación, si ya obtuvo lo que quería.

—No estoy seguro de que lo haya obtenido. Tampoco estoy seguro de que haya sido el asesino de Linda. Estamos persiguiendo una conjetura. Pero es lo mejor que tenemos hasta el momento.

Hensley no aparta la mirada de la carretera mientras conduce al máximo de velocidad permitido. Parece verdaderamente convencido de que hallará a Charlie conduciendo su casa móvil en el camino, mientras, Sally permanece dudosa debido a la hora de diferencia que hay entre sus recorridos; y eso en el caso de que hayan elegido el camino correcto.

—He estado pensando en algo —expresó Sally tras el silencio en el que permanecieron por unos momentos—. ¿Y si Charlie solo quería secuestrar a

Caroline? Una acción mucho más eficaz para él habría sido secuestrar a la niña como una forma de venganza para obtener el dinero de las regalías que le deben.

—Creo que tienes una buena conjetura —coincidió Hensley—. Pero algo salió mal en el camino, ¿entonces? Todo parece muy improvisado de mala manera. En el caso de que Charlie sea el culpable, no creo que su intención haya sido querer matar a Linda, sino recuperar sus canciones u obtener algo a cambio de ellas. Por eso tenemos que encontrarlo de inmediato.

—¿Y si no conseguimos alcanzarlo? ¿Visitaremos al abogado?

—Solo sé que vive en Augusta —resaltó Hensley—. En la oficina están investigando el resto de los datos. Si no encontramos a Charlie hoy, deberíamos ponernos en contacto con los ejecutivos de la disquera para así saber cuándo fue la última vez que Linda apareció en la corte. Tal vez ellos tengan más datos sobre el abogado que lo representó, pero preferiría no deberles ningún favor.

—También podríamos preguntarle a Adam Conti si sabía sobre la situación de su hija con este baterista. Para el momento en que lo entrevistamos desconocíamos esa información.

—No creo que nadie supiera sobre esas canciones —opinó Hensley—. A excepción de Linda y la directiva de Global Records. Si ella quería hacer uso de ese material como suyo, nadie debía asociarla con Charlie.

Durante el viaje en carretera, Sally mandó un correo reportando la persecución tras la búsqueda de la casa móvil de Charlie. Con ello pretendía que en la jefatura hicieran todo lo posible para verificar la presencia de la misma en ese lado de la carretera. Hensley lucía contento con la marcha de la investigación, hasta que una llamada puso por tierra todas sus suposiciones. Sally lo observó al momento de atenderla, comprobando cómo una sombra de decepción cruzó sobre su rostro.

—Lamento llamarlo, detective. Gracias a la información que nos mandó su compañera, encontramos la casa móvil de Charlie Dormers en otro campamento, abandonado cerca de Dresden. Ni rastro de él por ahora.

El detective colgó la llamada y detuvo el automóvil de inmediato, poniéndose a un costado de la carretera. Le informó a Sally lo que le dijeron, aunque a ella no le sorprendió en lo más mínimo. A diferencia de Hensley, no tenía muchas esperanzas de que encontrarían a Charlie manejando una casa móvil como si nada, a menos que fuera verdaderamente inocente. Y aun si lo

fuera, la muerte de Linda ya era conocida en la región. Debía sospechar que su nombre aparecería en la lista de sospechosos por la disputa legal que existía entre ellos.

—Sigo pensando que ha ido en busca de su abogado —dijo Hensley tras un suspiro cargado de hastío—. Necesitamos la dirección exacta.

—Llamemos al capitán Stone —sugirió Sally—. Creo que no nos queda mejor solución inmediata que aceptar la ayuda de Global Records.

—Será como pactar con el diablo —dijo vacilando Hensley—. Ellos sentirán que estamos trabajando para ellos en función de sus intereses.

Tras unos minutos de cavilaciones, durante los cuales permaneció expectante, sin resaltar los argumentos obvios por los cuales esa era la mejor opción que tenían si querían avanzar en el caso, el detective Hensley al fin accedió a la propuesta de su compañera. Al obtener su aprobación, Sally marcó enseguida el número del capitán y lo puso en altavoz. Fue ella quien le expuso la situación.

—Podemos comunicarnos con Ron Thompson, el actual director de Global Records —refirió Stone—. Mandaré a ponerlo en la línea para que hablen con él. Manténganse en espera. Me parece bien que hayan decidido hacer uso de ese contacto.

Hensley alzó sus cejas para acentuar lo irónico de la situación, mientras que Sally rio por lo bajo. Al cabo de unos segundos escucharon la voz cortés y autoritaria de un hombre con acento británico.

—Habla Ron Thompson, detectives. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Buenos días, señor Thompson —respondió Hensley haciéndose cargo de la conversación—. Lamento mucho molestarlo, pero quizá tengamos una pista sobre nuestro sospechoso principal. En este momento intentamos localizar a Charlie Dormers. Si tiene alguna información sobre el abogado que contrató en la disputa contra ustedes, nos sería de mucha ayuda.

—Aprovecho para recordarles que la denuncia fue en contra de Linda Conti —recalcó Thompson fríamente—. Aun así también creemos que Dormers está involucrado en el asesinato de Conti y el secuestro de su hija. En nombre de Global Records nos complace prestarles nuestra total colaboración. Daré órdenes de que reciban toda la información sobre el abogado a sus correos.

—Muchas gracias, señor Thompson. Creo que eso es todo por el momento.

—Antes de colgar me gustaría decir algo —previno Ron—. La noche de

la muerte de Linda yo debía encontrarme con ella para una reunión de negocios. Ella aseguró que me mostraría unas nuevas canciones. En el caso de que consigan esas canciones, esperamos sean remitidas a mi oficina una vez que concluya la investigación. Cualquier propiedad intelectual de Linda Conti técnicamente todavía nos pertenece según su contrato.

El tono amable de Thompson no escondía la amenaza velada de su advertencia. Si no les «devolvían» las canciones de Linda, entonces se meterían en problemas legales con la propia disquera; sin importar que estas fueran pieza clave como evidencia, si se comprobaba su existencia.

—Se lo haremos saber cuando tengamos ese material —repuso Hensley secamente sin dejarse amedrentar—. Si se trata de evidencia importante para la investigación, tendrá que hacer los trámites necesarios para recuperarlas a su debido tiempo. Eso no dependerá de nosotros. Tenga un buen día.

El detective colgó antes de recibir cualquier respuesta, siendo este un gesto que Sally aprobó con una mirada de admiración. Al igual que su compañero, consideraba necesario no dejar que intereses ajenos perjudicaran la investigación. Ante todo, el deber de ellos era hacia la justicia. Tal como prometió Ron, la información sobre el abogado del baterista les llegó inmediatamente a sus correos, remitida por el propio capitán Stone.

—¡Bien hecho! —celebró Sally leyendo la información—. El abogado de Charlie se llama Henry Lee Gordon. Como ya sabíamos, ejerce en Augusta, y han adjuntado la dirección de su oficina, así como el número de su despacho.

—Obviamente, no lo llamaremos. Dejemos que se lleve la sorpresa. Estimo que tardaremos un par de horas en llegar.

Capítulo 10

El viaje en carretera transcurrió con tranquilidad para ambos detectives, quienes emplearon ese tiempo para compartir sus puntos de vista y conjeturas. En general, la conversación se centró en Ron Thompson y la importancia de defender sus principios frente a los comportamientos inescrupulosos de hombres como aquel. Aunque la disquera no fuera directamente responsable de la muerte de Linda, daba una impresión desagradable que no les molestara en lo más mínimo la pérdida de alguien que les fue útil mientras les hizo ganar dinero.

—Ni siquiera les importa la desaparición de Caroline —expresó Sally indignada—. Es apenas una niña. ¿Acaso esos ejecutivos no tienen hijas, hermanas o algo que se les parezca?

—Personas como Ron Thompson se creen intocables —opinó Hensley—. No imaginan que una situación como la de Conti pudiera sucederles a ellos. Por eso quería evitar pedirles ayuda. Es evidente que solo les interesan las malditas canciones de Linda.

—O las canciones de Charlie Dormers, para ser exactos. Al final del día le pertenecen, aunque se trate de un criminal.

—No lo digas muy alto. Pues tendrás que pelear con los abogados de Global Records si insistes en esa idea.

Sally se rio de la ocurrencia de su compañero y este esbozó una media sonrisa, el tipo de gesto que a duras penas se revelaba en su semblante cuando se relajaba un poco. Se había aligerado el estrés que cargaba consigo horas atrás por no haber tenido éxito de hallar a Charlie en la carretera, tal como pretendía. En cambio, ahora lucía ligeramente optimista ante el hecho de presentarse al despacho del abogado para conseguir información sobre el paradero del baterista.

—Me cuesta creerlo —reflexionó Sally—. Sería absurdo que toda esta tragedia haya ocurrido por unas tontas canciones.

—Ojalá estén a la altura de este revuelo —añadió Hensley con afincado cinismo—. Sería una gran ironía que las canciones fueran una porquería.

—Si han causado toda esta tragedia, jamás deberían ser escuchadas.

—Vivimos en una cultura extraña. Todas las noticias sensacionalistas que sustentarían su promoción serían suficientes para convertirlas en un éxito. La gente las comprará por puro placer mórbido.

—Me temo que tu predicción no estaría lejos de la realidad —se lamentó Sally—. Pero primero debemos confirmar que en efecto Charlie es el culpable y las canciones fueron el motivo.

—Quizá Henry Lee tenga algo que decir al respecto. Ya comprobaremos si el señor Dormers tiene una coartada convincente.

Unas horas más tarde, Hensley estacionaba su SUV en el aparcamiento adyacente al edificio donde Henry Lee Gordon ejercía la ley. Ubicada en el piso veinte de una construcción bastante moderna, la oficina del abogado no lucía tan opulenta como uno hubiera pensado. No obstante, la decoración era sobria y acogedora. Tan pronto como la recepcionista ve las insignias de Hensley y Sally llama al señor Gordon con expresión nerviosa. Antes de eso les advirtió que el abogado no se encontraba en su despacho, aunque tenía agendado regresar en los próximos cuarenta y cinco minutos.

—No, no pidieron cita —susurró por lo bajo, aunque los detectives la escucharon con claridad—. No son exactamente unos clientes. Será mejor que venga pronto y lo compruebe por usted mismo.

La conversación entre ellos pareció extenderse durante unos minutos incómodos, en los cuales la recepcionista hacía todo lo posible para no dejar que la escucharan. A pesar de eso, a los detectives no les costó suponer que la pobre mujer estaba siendo regañada por haberles revelado que el abogado regresaría al despacho ese mismo día. Si Henry Lee pensaba escabullirse, la llamada de su secretaria lo privó de esa alternativa.

—Sí, señor, se los diré —dijo la recepcionista, recibiendo las instrucciones de su jefe para luego dirigirse a los detectives—. Por favor, será mejor que se pongan cómodos. El señor Gordon volverá a la oficina tan pronto como le sea posible para atenderlos, si no les importa esperarlo.

—Lo esperaremos todo el tiempo que haga falta —aseguró el detective tomando asiento—. De aquí no nos iremos hasta hablar con él.

La recepcionista asintió nerviosa y seguidamente fingió que retomaba sus labores. Pese a ello, los detectives notaron que ella les lanzaba miradas de vez en cuando al mismo tiempo que echaba una ojeada a un reloj colgado en la pared. La espera se extendió durante casi una hora, tiempo en el cual los detectives permanecieron en silencio siendo testigos de las labores de la mujer. Cada vez que llegaba un cliente ella lo despachaba asegurándole que la cita había sido reprogramada para el día siguiente porque el abogado tenía una reunión urgente. Los detectives comprendían que ellos eran precisamente el motivo de esas disculpas.

Cuando el abogado llegó lucía agitado y sudoroso. Henry Lee trató de fingir una actitud despreocupada y los invitó a entrar a su despacho, dando órdenes expresas de no ser molestado en lo sucesivo. Hensley le expuso enseguida los motivos de su visita, a lo cual el abogado asintió con un discreto aire de sorpresa que no resultaba para nada convincente.

—Es lamentable lo que le pasó a ella y a su hija —expresó Henry—. Y aunque no me he puesto en contacto reciente con el señor Dormers, no dudo de que él también se sienta mal respecto a la noticia. El hecho de que fueran rivales en una disputa legal no significa que sean enemigos a muerte.

—Me gustaría ser tan optimista como usted —replicó Hensley—. Sin embargo, el hecho de que el señor Dormers se haya vuelto difícil de localizar despierta nuestras sospechas.

—Comprendo su inquietud, detective. ¿Tienen una prueba real o solo están aquí por sugerencia de Global Records?

La pregunta del abogado fue formulada con desafiante ironía. A Hensley le molestó la sola idea de que pudiera pensar que su presencia estaba motivada por intereses inescrupulosos.

—Le recuerdo que servimos al pueblo de Maine y a la nación, algo que usted debe comprender mejor que nadie, dada la naturaleza de su profesión. Una mujer ha muerto y una niña permanece desaparecida. Ese es el foco de nuestra investigación.

—Solo queremos aclarar la situación con Charlie Dormers —intervino Sally—. Si no tiene nada que temer, entonces le haría bien no parecer que está huyendo.

—Se lo diré si contacta conmigo —prometió Henry—. A mí tampoco me conviene que uno de mis clientes se vea envuelto en un asunto tan turbio.

—Eso no es suficiente en este momento —dijo Hensley—. El tiempo apremia y necesitamos toda la información útil sobre Dormers. ¿Está dispuesto a colaborar con nosotros o no?

—Trato de ser lo más transparente posible con este asunto —defendió Henry—. Saben que no puedo hablar de los asuntos privados de mi cliente con ustedes, detectives. Todas mis comunicaciones con el señor Dormers son confidenciales. Entretanto, les repito, no he tenido contacto con él desde hace un par de semanas.

—Lo entiendo, señor —aseguró Hensley poniendo sus antebrazos en el escritorio, frente a Gordon—. No estamos aquí para violar su privilegio abogado-cliente. Estamos aquí como un favor a su cliente. No voy a andar

con rodeos: si no le molesta, aconséjale que ahora es el principal sospechoso del asesinato de la señora Linda Conti y del secuestro de su hija, Caroline Conti.

Gordon se quedó boquiabierto ante la impulsiva respuesta del detective. Aunque infería las sospechas que pesaban sobre su cliente, creía que los detectives seguirían el juego de darle a Dormers el beneficio de la duda sin señalarlo abiertamente. El abogado se sintió más nervioso que antes, sobre todo porque nunca antes había defendido a un sospechoso por asesinato. Su trabajo con Charlie solo se concentraba en la defensa de su propiedad intelectual.

—¿Cómo sucedió esto? —preguntó Gordon visiblemente sorprendido—. Charlie solo demandaba que le fueran devueltas unas canciones que Linda le robó.

—Presuntamente —le recordó Sally—. Las canciones no fueron encontradas. En el caso de que existieran, fueron motivación suficiente para despertar sentimientos de venganza en contra de Linda.

—¿Hasta el punto de asesinar? No imagino a Charlie llegando a esos extremos. Él está desesperado por ser reconocido, y eso arruinaría sus objetivos.

—A menos que esté convencido de que ya no lo conseguirá —infirió Hensley—. No parece que haya sido un asesinato a sangre fría, sino un acto desesperado.

—Si nuestras sospechas son ciertas, Caroline está siendo retenida por él —agregó Sally—. Es probable que se sienta asustado por lo que hizo y no sepa cómo «deshacerse» de la niña sin perder su libertad. Pero será mucho mejor para él si recapacita.

—Comprendo el fundamento de sus sospechas —afirmó Gordon—. Incluso así es mi deber como su abogado darle el beneficio de la duda. Prometo que trataré de contactarlo para aclarar su situación.

—Quizá usted sea el único que pueda saber cómo llegar hasta él —dijo Sally—. Somos conscientes de que estamos poniéndolo en medio de una situación excesivamente incómoda. Pese a ello, tiene la responsabilidad de hacerlo entrar en razón si se le da la oportunidad; aunque no le confiese abiertamente su delito.

—Queda de su parte, señor Gordon —recalcó Hensley mostrándose ahora menos desafiante—. Entonces, lo único que sugerimos que haga es decirle a su cliente que si quiere venir a nuestro recinto en Bar Harbor

mañana antes de las tres de la tarde, nos complacerá hablar de sus opciones con él.

El detective hizo una larga pausa para ver si Gordon tenía algo que decir. Sin embargo, este se limitó a asentir en silencio y sin poner objeciones a las recomendaciones. Hensley retomó la conversación.

—Y si le gustaría estar allí, quiero decir, siempre y cuando Charlie Dormers no renuncie a su derecho a un abogado, le guardaremos un asiento.

—No estoy seguro de que defendería un caso como este —dijo Henry—. Haré lo que me piden si consigo contactarlo o se presenta a mi despacho. Sepan que prestaré toda la colaboración que sea necesaria.

—Caroline Conti se lo agradecerá —resaltó Sally—. Siempre y cuando todavía no sea muy tarde para ella.

Estas palabras hicieron que el abogado bajara la cabeza, sintiéndose inquieto. Hacerse consciente de que la vida de una niña podría depender de su intervención no era un pensamiento fácil de procesar. Los detectives ya no tenían más nada que hacer allí y estuvieron de acuerdo en que era el momento oportuno para abandonar el despacho. De esta forma el abogado estaría a solas con sus propias reflexiones, para que actuara en conformidad con lo que considerara correcto.

Al abordar nuevamente la SUV, David y Sally sintieron un vacío dentro de ellos. La entrevista con el abogado resultó ser mucho más satisfactoria de lo que esperaban, pero eso no les daba la garantía de que ganarían la carrera contra la incertidumbre sobre si Caroline estaba viva. Algo mucho peor todavía podría estar por suceder.

Capítulo 11

La policía estaba coordinando esfuerzos conjuntos con los detectives para localizar a Charlie Dormers a lo largo de Bar Harbor y sus alrededores. A su vez, se mandaron instrucciones en condados aledaños para que estuvieran atentos a retener a cualquier persona que se ajustara a la descripción del baterista. Estas medidas parecían suficientes para crear un cerco que impidiera un escape hacia otro estado o incluso fuera del país.

Hensley estimaba que a Charlie no le habría dado tiempo de salir de Maine. Por eso creía que contactaría a su abogado de un momento a otro. Si esto sucedía, entonces Henry Lee Gordon tendría en sus manos la responsabilidad de lograr que su cliente se entregara a la justicia para responder a las interrogantes que pesaban sobre él. Convenía darle su tiempo para que actuara, siempre y cuando tuviera acceso al señor Dormers.

Ya lejos del despacho del abogado, el detective y su compañera decidieron ir al lugar donde encontraron la casa móvil abandonada de Charlie. Todo parecía indicar que no se había conseguido ahí ninguna evidencia importante que denunciara el paradero del sospechoso o si Caroline estaba siendo retenida por él. Sin embargo, ellos querían asegurarse por sí mismos y tampoco tenían nada mejor que hacer. Cualquier mínima acción bastaba para sentir que las cosas no se estaban enfriando o que sería demasiado tarde para la niña.

El cordón policial en el descampado de casas móviles abandonadas había cubierto la extensión del territorio. En aquel lugar las personas desechaban las casas móviles que ya no seguirían usando, lo cual creaba el problema de que los indigentes las tomaran como refugio temporal. Para el momento en que hallaron la casa móvil de Charlie dejaron retenidos a los mendigos que se encontraban en el lugar con el objetivo de interrogarlos. Algunos de ellos actuaron nerviosos, tratando desesperadamente de escapar del lugar. A los oficiales les costó calmarlos y hacerlos entrar en razón con promesas de que no pretendían hacerles ningún daño ni llevárselo detenidos.

Una vez que llegaron los detectives la situación se había calmado. Los policías entrevistaban a los pobres hombres y mujeres que allí vivían en las peores condiciones posibles. Las casas móviles en cuestión eran prácticamente inhabitables porque fueron saqueadas o reducidas a pocos elementos. En contraste, la de Charlie todavía estaba intacta. Sin embargo,

los indigentes estaban reticentes a decir si extrajeron algo de esta porque temían ser acusados de ladrones. Sin importar las explicaciones que les dieran, todos parecían estar de acuerdo en decir que no tomaron nada de la casa y que no vieron a ningún sujeto parecido a Charlie.

Sally y David se presentaron en el momento justo en que uno de los oficiales interrogaba con insistencia a uno de estos inciertos testigos:

—Yo no estuve aquí cuando dejaron ese trasto. Yo no soy un ladrón. Solo me hago un huequito donde puedo y me echo a dormir. Luego llegaron ustedes y se armó todo este alboroto.

—Pues lo mismo me han dicho tus otros amigos —señaló el oficial—. Otros incluso acusaron que tú fuiste uno de los primeros en sacar cosas de esa casa móvil porque hablaste con el hombre que la trajo.

—¡Bribones mentirosos! —refutó el indigente con un leve tartamudeo—. Ni siquiera me dio tiempo de entrar.

—Entonces tenías intenciones de hacerlo —atajó el oficial manipulándolo para que se delatara—. ¿Dónde pones las cosas que te llevas de las casas móviles?

—He dicho que no soy un ladrón. Todo lo que dejan aquí es considerado basura. Al menos nosotros les damos una utilidad a esos objetos abandonados.

—Créame que no tenemos nada en su contra, señor. Le repito que estamos investigando un caso que involucra al dueño de ese carro móvil. Lo que pueda decirnos no lo perjudicará a usted, ni a ningún otro.

—Yo solo soy un hombre pobre y enfermo. No tengo nada que decir sobre nadie.

El indigente comenzó a dar un espectáculo lamentable tosiendo sin parar, siendo una acción evidentemente improvisada para que lo dejaran en paz. El oficial que estaba haciendo las preguntas lucía agotado. Hensley corrió en su auxilio para participar activamente en el interrogatorio, no sin antes solicitar su permiso. El oficial, aliviado de que alguien más estuviera dispuesto a compartir la responsabilidad, le cedió con gusto el desempeño de una labor que hasta el momento solo fue fastidiosa y poco productiva. Antes de hablarle al hombre pidió que le trajeran un vaso de agua, el cual recibió un minuto más tarde. El mendigo tardó en bebérsela, con la esperanza de que cesara el interrogatorio porque se habían aburrido de él. No obstante, Hensley lo observó con absoluta calma, indiferente a todo el tiempo que se tomara. Cuando puso el vaso al lado, tras habérselo bebido, hizo el ademán de

levantarse con el propósito de irse. El detective lo interceptó, invitándolo a sentarse de forma amable.

—Tengamos una conversación. Al igual que usted, todos aquí queremos dejarlos en paz.

—Pues parece todo lo contrario —reclamó el indigente—. El hecho de que seamos pobres no significa que seamos unos criminales.

—No es nuestra intención hacerle sentir de esa manera. Simplemente le estamos pidiendo su ayuda para resolver un caso muy importante.

—¿Por qué es tan importante esa casa móvil? A diario las personas de los alrededores dejan tiradas sus cosas aquí porque saben que hay quienes les darán un buen uso.

El indigente le explicó que muchas personas nómadas dejaban allí sus casas móviles cuando estaban muy deterioradas, viéndose obligados a comprar una nueva. En otros casos eran personas que decidieron por fin asentarse en algún pueblo en donde ya habían comprado una casa. Como tal, ese «vertedero de casas móviles» se había vuelto célebre entre algunos viajeros, por lo que algunos decidían emprender el viaje hasta allí para despedirse de su casa, sabiendo que la dejarían a resguardo de personas que la necesitaban. Hensley comprendió que su interlocutor consideraba que cualquiera que contribuía en dejarle algo a personas como él no podía ser alguien malvado. Por lo tanto, no quería decir nada que pudiera perjudicar a alguno de esos que consideraba como «buenos samaritanos».

—Conozco los detalles de este célebre lugar —dijo Hensley tras escucharlo—. Lamentablemente el hombre que estamos buscando quizá no sea tan bueno como le pareció. Si se deshizo de su casa móvil es porque intenta esconderse de la justicia.

—¿Y por qué debo ser yo quien responda? —interrumpió el mendigo—. Ya les dije que no sé nada sobre el sujeto que abandonó esa casa móvil que tanto les interesa.

—Otros residentes dicen lo contrario —expresó el oficial con exasperación—. Son varios los que afirmaron que tú hablaste con el dueño de esa casa móvil.

Hensley levantó la mano con un gesto firme, para darle a entender al oficial que se calmara. Su actitud solo estaba consiguiendo que el mendigo tuviera miedo de hablar. Sally no comprendía lo que su compañero intentaba hacer. A pesar de eso, la actitud de Hensley a la hora de manejar la situación le hizo sentir confianza de que si existía alguien que podría disuadir al testigo

para revelar información, ese era él. Para apoyarlo, la detective sujetó al oficial por el brazo y le hizo una señal con la cabeza para que dejara a Hensley actuar a su manera. El hombre comprendió que su presencia allí resultaba amenazante para el indigente, por lo cual tomó la decisión sensata de alejarse del campo visual del interrogado. Esta acción produjo buenos resultados porque el testigo pareció ligeramente más relajado.

—¿Le gustan los niños? —preguntó Hensley tomándolo por sorpresa—. ¿Se atrevería a hacerle daño a alguno?

—¡Cómo se le ocurre! —respondió el indigente horrorizado—. Cualquiera que le haga daño a un niño no merece compasión.

—Veo que opinamos igual —continuó Hensley con la satisfacción creciente de que estaba a punto de lograr su objetivo—. Por eso necesito su ayuda para encontrar a una niña que anda perdida y en peligro de que le hagan algo malo.

—¿Es por eso que buscan al hombre de la casa móvil? ¿Él sabe dónde está esa niña?

—Me temo que sí. A esa niña le han matado a su madre. Se llama Caroline. No es justo que siga sufriendo.

El detective buscó en su celular una foto de Caroline, la imagen oficial que estaban usando en las noticias para localizarla, y se la mostró a su interlocutor. Al verla el hombre bajó la mirada, lamentando que alguien quisiera perjudicar a una niña.

—Entonces ustedes piensan que ese mismo hombre es quien mató a su madre y solo él sabe dónde encontrarla.

—Todas las evidencias apuntan en contra de él —confirmó Hensley—. Nos gustaría darle el beneficio de la duda. Sin embargo, usted estará de acuerdo en que alguien quiere huir solo cuando tiene algo que ocultar.

El comentario de Hensley encubría una doble intención efectiva: le hacía ver las razones por las cuales se agravaban las sospechas en torno a Charlie Dormers, al mismo tiempo que le recordaba que si pretendía zafarse del interrogatorio sería considerado un cómplice de sus delitos.

—De acuerdo, admito que hablé con él. Lucía bastante inquieto, aunque no me dio la impresión de que fuera un mal chico. Debo decir que no lo vi acompañado de ninguna niña. Les juro que andaba solo.

—No tengo razones para dudar de lo que dice —dijo Hensley—. ¿Por cuánto tiempo hablaron?

—Poco más de cinco minutos. Yo le pregunté si estaba seguro de querer

dejarnos su casa móvil, ya que lucía impecable. Generalmente las dejan cuando están en peor estado. Eso me pareció extraño.

—¿Y qué le dijo?

—Que adonde iría no le haría falta.

—Consciente de lo que sabe ahora sobre Caroline y su desaparición, ¿le dijo algo que le haya parecido interesante? Algo que pueda relacionarlo con la pequeña.

—No, no parecía ser un hombre al que le gustara hablar mucho. Aun así me dio diez dólares a cambio de que le indicara el camino hacia una parada de bus. Le dije que debía caminar al menos unos quince minutos antes de encontrarla.

—¿Le dijo hacia dónde se dirigía? ¿O al menos llegó a ver el camino que tomó?

—Quería ir directamente hasta Dresden. Pero no parecía desesperado por huir, ni tampoco temeroso. Solo me pareció una persona triste.

Hensley cruzó miradas con Sally por un instante. Ambos se hicieron la misma pregunta: ¿a qué se debía esa tristeza? ¿Sentimientos de culpa y arrepentimiento? Lo que más les angustiaba saber sobre Charlie y su aparición en ese lugar era que Caroline no andaba a su lado. Si esto era así, se incrementaban los temores en torno al destino de la niña.

—Gracias por su colaboración —dijo Hensley dando por terminado el interrogatorio—. Nos será de mucha ayuda todo lo que nos ha dicho. No acostumbro a hacer esto, pero tenga aquí otros diez dólares.

El detective sacó de su cartera un billete. El indigente le sonrió complacido ante el inesperado gesto.

—Ojalá encuentren a esa hermosa niña —expresó el hombre antes de despedirse—. Lamento mucho que esté sufriendo.

Los detectives fueron de inmediato a reunirse con el resto de los oficiales para informar las revelaciones obtenidas en el interrogatorio. La prioridad era multiplicar los esfuerzos para organizar un operativo de búsqueda. Era casi imposible que Charlie tuviera oportunidad de escapar del estado sin ser detenido. Su mejor opción era esconderse. Todo indicaba que Dresden fue elegido como el lugar idóneo para ello. Entretanto, la gran pregunta que todos se hacían era dónde había escondido a Caroline.

Las fuerzas policiales de Dresden se replegaron a lo largo del territorio, especialmente en las entradas y salidas hacia las carreteras de otras ciudades. No tardaron en unírsele refuerzos de otros departamentos policiales de

Maine, así como autoridades regionales. Mientras esto sucedía, David y Sally permanecieron en el vertedero para conversar con más indigentes a la espera de conseguir un poco de información extra. Sin embargo, no obtuvieron nada tan significativo como lo que ya sabían. A su vez, acompañaron a los forenses que examinaban la casa móvil abandonada de Charlie Dormers.

No hallaron rastro alguno de que Caroline pasara algún tiempo allí, aunque no descartaban la posibilidad. Por desgracia, el vehículo ya había sido saqueado. Debido a ello abundaban las huellas en todas partes. Encontrar el rastro de Caroline sería prácticamente imposible. Charlie eligió el lugar perfecto para deshacerse de la casa móvil, a sabiendas de lo que ocurriría con ella. Cabía la posibilidad de que el baterista dejara a Caroline en algún lugar clave para recogerla luego.

Por su parte, Sally les preguntaba a los indigentes algo que los tomaba completamente por sorpresa: si habían encontrado un oso de peluche grande y con bigotes. Todos negaban ante su pregunta, a la vez que no evitaban reírse. Incluso a Hensley le causó gracia su iniciativa, aunque respetó las maneras de su compañera. Mientras Charlie no fuera capturado todas las preguntas tenían igual validez e importancia para avanzar en la investigación.

—Tampoco hay rastro del Señor Bigotes, ¿eh? —bromeó Hensley—. Esperemos que la Policía de Dresden tenga más suerte.

—Al menos gracias a ti obtuvimos algo de información —reconoció Sally—. De lo contrario seguirían interrogando a estos pobres sujetos hasta el hartazgo.

—Deberíamos ir a Dresden —sugirió Hensley—. No quiero perder más tiempo esperando que pase algo.

—Nos dieron instrucciones de permanecer aquí hasta que nuestra presencia fuera solicitada en otro lugar. Solo crearemos más problemas si desobedecemos las órdenes del capitán Stone.

Luego de que se ordenara el operativo de despliegue a lo largo de Dresden, Ryan Stone llamó a sus detectives para darles tales instrucciones. Sally actuaba como la voz de la razón para controlar el carácter impulsivo de Hensley, siempre dispuesto a actuar por su cuenta. En otras circunstancias no lo habría pensado dos veces para irse al lugar de la acción sin importar las órdenes que le dieran sus superiores. Esta vez se controlaba porque no quería perjudicar la carrera de Sally. A ella le echarían la culpa si algo salía mal por contradecir el consejo de su jefe inmediato.

—Con tal de que Charlie no se les escape en sus narices —se quejó

Hensley—. Espero que haya tenido tiempo de hablar con su abogado. Todavía podría hacerlo entrar en razón.

Para pasar el tiempo mientras llegaban noticias o un cambio de instrucciones, los detectives acordaron reunirse con los forenses que estaban revisando las muestras de huellas y tejidos dentro de la casa móvil. Los planes cambiaron enseguida cuando Sally recibió una llamada a su celular del equipo de búsqueda y reconocimiento que estaba operando en Dresden. La detective puso el altavoz para que ambos escucharan lo que el oficial tenía por decirles:

—Encontramos un oso de peluche con algunas muestras de cabello. Sospechamos que quizá perteneciera a la niña.

—¡El Señor Bigotes! —exclamó Sally—. Iremos de inmediato. Por favor, manténgase donde están. Ese peluche es más importante de lo que parece.

Capítulo 12

Cuando los perros policía localizan al Señor Bigotes en una zanja cerca de Dresden, el oficial a cargo de la operación de búsqueda piensa, sin querer admitirlo en voz alta, que Caroline está muerta o en muchos problemas. Los detectives no tardaron en aparecerse en el lugar donde encontraron al peluche. Tal como lo pidieron, ninguna acción sería tomada hasta que ellos llegaran.

—Tom Stewart —se presentó el oficial de Dresden—. Los estaba esperando, detectives.

El Señor Bigotes había sido puesto a un lado de la zanja donde fuera encontrado, con un cordón policial a su alrededor para que solo personas autorizadas tuvieran acceso al lugar. A Hensley le resultó una idea llena de ironía suponer que todo el revuelo que le impediría el acceso a cientos de personas durante las siguientes horas se debiera a un juguete. Sin embargo, gracias a Sally era consciente de que no se trataba de cualquier peluche, sino de uno particularmente especial que les confirmaba la presencia de Caroline en Dresden. Ya sabiendo que Charlie también estaba en esa ciudad, eso corroboraba al baterista como el principal y único sospechoso de haber secuestrado a la niña.

—Es un oso de peluche que pertenecía a Caroline Conti—le explicó Sally al oficial—. Era su muñeco favorito.

—Apenas lo hemos manipulado después de hablar con ustedes —resaltó Tom—. Si se trata de algo tan importante es mejor que nos encarguemos en lo sucesivo de él solo bajo sus instrucciones.

—No parece deteriorado —señaló Hensley viendo al Señor Bigotes sin agacharse a recogerlo—. ¿Estaba el peluche de una sola pieza?

—Bueno, ha perdido un ojo, como ustedes ya saben —observó Tom—. Tengo entendido que es la pieza que encontraron en casa de la víctima.

—Sí, sí, eso lo sabemos. ¿Algo más?

—Bueno, sí —respondió Tom—. La costura en su brazo está abierta. Rota, quise decir. ¿Es eso importante, detective Hensley?

—Quizá, sí. Podría significar que Charlie ha encontrado al fin lo que buscaba desde que estos trágicos eventos sucedieron.

—Será mejor entonces que lo revisen por sí mismos.

Tom mandó a traer un par de guantes para los detectives. Sally no perdió

tiempo en ponerse los suyos cuando se los entregaron para levantar al peluche y echarle una extensa ojeada.

—Supongo que deben estar analizando las muestras de cabello —le recordó Hensley a Tom mientras su compañera revisaba al Señor Bigotes—. ¿Las han llevado a un laboratorio?

—Sí, al más cercano. Ahí es donde pretendíamos dejar también el peluche.

—Han hecho bien en avisarnos primero —expresó Sally—. En efecto, el Señor Bigotes tiene una escisión que no fue accidental.

—Interesante —dijo Hensley viendo lo mismo que ella—. Charlie ha conseguido su premio. Me temo que Caroline tiene las horas contadas, si es que ya no es demasiado tarde.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sally sin entender a qué se refería—. Ya has hecho dos veces la misma observación sobre Charlie. ¿Qué quería él con el Señor Bigotes?

—Fuiste tú quien me abrió los ojos. No pensé que ese peluche fuera tan importante como lo creías, aunque respetaba tu corazonada al respecto. Ahora veo que tenías razón.

—El Señor Bigotes nos confirma el paradero de Caroline en relación con Charlie —repitió Sally—. Si hallábamos el juguete, eso significaba que estaríamos más cerca de hallar a Caroline. ¿Acaso hay algo más?

—Sospecho que sí —respondió Hensley—. No te parece curioso ese corte que le hicieron al muñeco.

—Quizá Caroline se lo hizo en el pasado. No sabemos en qué estado estaba el peluche antes de que la secuestraran. ¿Piensas que Charlie se lo hizo? ¿Cuál sería la razón?

Hensley se puso los guantes para introducir la mano dentro de la abertura que había dentro del peluche. El corte era lo suficientemente limpio para que se introdujera una mano sin perjudicar más el resto del juguete.

—O pudo haber sido Linda quien lo hizo. Y luego Charlie descubrió que la respuesta que estaba buscando la llevaba Caroline consigo durante el tiempo en que la mantuvo secuestrada.

A Sally se le iluminó de pronto el entendimiento, comprendiendo hacia dónde apuntaban las conjeturas de su compañero. Sus suposiciones la dejaron estupefacta. Ahora se daba cuenta de que el Señor Bigotes estaba en el centro de todo eso. Linda Conti había escondido el dispositivo USB de Charlie en su estómago y solo ella sabía de la ubicación de la unidad. Al principio parecía

una idea descabellada, que tras ser pensada varias veces cobraba pleno sentido. Si Linda quería ocultar las canciones en un lugar seguro, su mejor opción era dejarlas al cuidado de su hija dentro de su juguete favorito. En ningún otro lugar estarían mejor protegidas. Por supuesto, ella no previó de que buscarle un buen escondite al dispositivo USB no sería suficiente para salvarla a ellas de Charlie Dormers.

—Creo que has llegado a una conclusión inequívoca —aceptó Sally—. Lo que me asusta es lo que eso significaría para Caroline en estos momentos. Debemos darnos prisa.

—Esperen un momento, a ver si los entiendo —intervino Tom, quien mantuvo un silencio respetuoso mientras ellos intercambiaban puntos de vista—. ¿Me están diciendo que Charlie mató a la señorita Conti por ese dispositivo USB y que secuestró a la niña por la misma razón?

—Sí, teniente, eso fue lo que pensamos que sucedió —confirmó Hensley—. Solo espero que Charlie no esté lo suficientemente loco como para lastimar a la niña ahora que tiene lo que quería.

—La niña es su única garantía para que no hagamos nada en su contra —reflexionó Tom—. O al menos debería tener la sensatez suficiente como para tener eso en cuenta.

—Los hechos nos previenen de que Dormers hace rato abandonó la sensatez —añadió Sally—. En este momento estamos persiguiendo a un animal acorralado con una presa en sus manos. Todos sus movimientos estarán impulsados por la desesperación.

Sally se disculpó para apartarse de la conversación y llamar al capitán Stone. Quería informarle sobre las conclusiones a las que ella y su compañero habían llegado. Hensley siguió hablando con el teniente Stewart, contándole los detalles relativos a la disputa legal entre Charlie y Linda que explicaban las motivaciones detrás del asesinato. A la detective le temblaban las manos mientras marcaba el número del despacho de Ryan. Le resultaba imposible dejar de imaginar lo cerca que estaban de atrapar a Charlie, pero que igual eso no fuera suficiente para salvarle la vida a Caroline.

Cuando el capitán atendió el teléfono, a Sally se le agolparon las palabras. Al principio le costó calmarse para articularlas. Ryan permaneció en silencio, tomando nota de todo lo que le reportaba.

—Los autorizo para hacer todo lo que sea necesario —respondió el capitán Stone cuando Sally terminó de hablar—. Vayan y encuéntrala. Desde aquí voy a pedir al fiscal que recomiende la sentencia más dura que

tenga para Charlie. Dígale a Hensley que se deje llevar por su intuición sin reparos. Confío en ustedes.

Sally le transmitió a Hensley las palabras del capitán tras finalizar la llamada. El detective sintió esa sensación familiar, la adrenalina que tanto le gustaba, así como el desprecio hacia cualquier sujeto criminal que perjudicara la vida de un inocente. Charlie Dormers había cruzado un límite desde el momento en que decidió tomar por sus manos la justicia para recuperar la obra que le fue robada. Aunque su frustración era legítima, las acciones que llevó a cabo lo convertían en un ser despreciable. Si ahora pretendía usar a un ser inocente para tratar de improvisar un escape, eso era algo que Hensley no le iba a permitir.

—No dejaremos que se escape, lo prometo —le dijo Hensley a Sally—. Así tengamos que acordonar toda la ciudad, no habrá paz para Charlie mientras continúe libre.

Capítulo 13

A Charlie Dormers no se le daba bien lidiar con el rencor, mucho menos cuando se encontraba en una situación desesperada. Como baterista de reemplazo en diferentes bandas para las cuales tocaba, con la esperanza de encontrar el grupo con el que por fin alcanzara la fama, nunca había logrado llamar la atención de alguien verdaderamente importante dentro de la industria musical. Para él la razón era muy clara: ninguno de esos grupos era lo suficientemente talentoso como para lograr superar esa fase inicial que consistía en tocar a lo largo de bares o teatros con la esperanza de que un agente musical le gustara lo que escuchó. Tampoco conseguían una respuesta masiva en los videos colgados en YouTube o la música disponible en línea.

Cuando Charlie veía que una banda estaba estancada en el mismo lugar, sin un porvenir claro para avanzar, desertaba de inmediato y buscaba la siguiente que le ofreciera una mejor perspectiva de futuro. Así había sido su vida durante los últimos diez años, desde que decidió formar una banda por primera vez junto con Marc Reynolds, con quien empezó su búsqueda fallida de la fama. De todos los cantantes con los cuales tocó, era Reynolds el único que pudo tener futuro de haber encontrado la canción correcta para hacerlo famoso. Su relación con Linda arruinó esa esperanza. Marc no tenía trabajo estable, por lo cual no habría dinero para costear la manutención que ella demandaría cuando naciera su hija. Por esa razón se fue sin avisarle a nadie, dejando a Charlie en un camino incierto debido a todos los proyectos que planearon juntos.

A pesar de las consecuencias, el problema entre Linda y Marc no causó que el baterista sintiera recelos hacia ella. Al contrario, cuando Marc los abandonó a ambos, comenzaron a mantener una relación de amistad mucho más fuerte que antes. Incluso intentaron salir como pareja por un tiempo, aunque luego se dieron cuenta de que no funcionaría. Charlie tampoco estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de criar una hija que no era suya. Prefería mantenerse como un amigo, ya que ambos se llevaban bien. Además, tenían algo en común que fortalecía la amistad: ambos tenían un gran talento para escribir y componer canciones. Este era un talento que Charlie no había explorado con ninguna otra banda porque no quería desperdiciar sus canciones ofreciéndoselas a grupos destinados al fracaso. Prefería guardar consigo sus composiciones hasta que encontrara a la banda ideal. Por

desgracia, él no poseía una buena voz para liderar una banda por él mismo. Algo que Linda sí tenía, a pesar de que no le habían dado todavía esa oportunidad.

Cuando Linda consiguió un contrato con Global Records, Charlie fue el primero en alegrarse por la noticia. Sabía que ella se lo merecía porque había trabajado duro por ello. Sin embargo, se sintió decepcionado cuando supo que aceptó trabajar como compositora para otras cantantes. Estaba teniendo éxito haciendo lo que él siempre quiso evitar, perdiendo sus canciones para personas con menor talento que el suyo. Lo peor de esto era que esas personas alcanzaban un éxito estratosférico que bien pudo ser la suerte de Linda. A pesar de eso, Charlie siguió apoyándola e incluso le hacía sugerencias para mejorar las canciones en las cuales trabajaba.

Un buen día Linda pareció cansarse de seguir escribiendo canciones para otros y que no llegara la oportunidad que le prometieron. El contrato que había firmado le garantizaba trabajo para la disquera, pero no le aseguraba que este consistiera en lanzar su carrera como solista. Estaba obligada a trabajar para ellos y que todas sus composiciones les pertenecieran, independientemente de si era para que las cantara en el futuro o decidieran dárselas a otros cantantes. Por esta razón ella quería un contrato mucho más específico en el cual impulsaran la creación y lanzamiento de su disco debut. La disquera le daba largas al asunto, hasta que Linda les dijo que no escribiría más canciones. En ese caso el contrato se volvía un arma de doble filo para ellos, ya que no estaba obligada a entregar un número específico de canciones, sino simplemente a hacer uso de ellas cuando las compusiera. Debido a esto le prometieron crear un nuevo contrato cuando se venciera el vigente, asegurándole que habría luz verde para crear su disco solista si consideraban que las canciones estaban a la altura de ello.

Charlie fue el primero en enterarse de esta afortunada noticia. Linda lo contactó con el propósito de organizar una «reunión de trabajo». El baterista desconocía la intención exacta de esa reunión, pero se sintió intrigado por el modo formal en que ella lo expuso. Así que accedió a verse con Linda para discutir su propuesta.

—Tengo miedo de que quieran engañarme en la disquera —le confesó—. Ellos me animan a escribir canciones para mi disco solista, pero actualmente nada me garantiza que no contarán esas canciones como propiedad intelectual bajo la jurisdicción del actual contrato.

—Lo comprendo —dijo Charlie—. Debes tener mucho cuidado. Lo

mejor sería que crearas esas canciones sin usar los recursos de ellos, que las mantengas en un lugar seguro. Conozco un estudio de grabación donde podrías grabarlas.

—Por eso te necesito, Charlie. Quiero que trabajemos juntos en estas canciones. Tú eres un excelente compositor. Cuando salga el disco compartiremos el crédito, pero por ahora trabajaremos en ellas como si fueran tuyas para que la disquera no pueda quitármelas.

Fue así como comenzaron a trabajar en la composición de canciones creadas en secreto hasta que Linda confirmara su nuevo contrato. En medio de ese proceso Charlie se concedió por primera vez la oportunidad de entregarse por completo a su creatividad, trayéndole a Linda cada vez nuevas y mejores ideas para las canciones. Ella le dio libertad para que hiciera lo que quisiera, sorprendida por el buen trabajo de su colega. Dormers reconoció en Linda por fin a un talento que le haría justicia a la música que siempre había querido crear. Y como ella era su amiga, le daría su parte del crédito en tales composiciones.

El resultado final de las composiciones fue creado por Charlie casi en su totalidad, ya que Linda debía repartir su tiempo entre la creación de nuevas canciones para otros cantantes y el cuidado de su hija. De cierta forma el baterista asumió más responsabilidades de las que contemplaron al principio, hasta convertirse en el autor principal de todas las canciones que Linda usaría para su trabajo discográfico. A Dormers no le molestaba compartir el crédito con ella, a pesar de que su aporte hubiera sido mínimo. A fin de cuentas, ella sería quien las cantaría, a la vez que tomaría las decisiones finales sobre el contenido y las melodías. Lo fundamental era que su nombre sería reconocido mientras impulsaba la carrera de una de las personas cuyo talento merecía ser conocido a una escala mayor.

—Las canciones que has hecho serán unos *hits* inmediatos —le aseguró Linda entusiasmada en una de sus reuniones—. He modificado algunos versos y tengo algunas propuestas para los arreglos. Sin embargo, el ochenta por ciento del trabajo es tuyo. Cuando renueve mi contrato me aseguraré de que te incluyan para que recibas las regalías que mereces.

—Lo importante es que ambos nos daremos a conocer al fin —respondió Charlie sintiendo un optimismo que hacía mucho tiempo no experimentaba—. Me agrada la idea de seguir colaborando contigo. Solo queda oficializarlo.

—Por lo pronto, debemos mantener las composiciones en un lugar

seguro —insistió Linda—. Grabaré unos demos con ellas y todo eso lo guardaré en un dispositivo USB. Sé que sonaré paranoica, pero lo mejor es que solo haya un registro digital que no tengamos disponible en ningún correo o dispositivo electrónico. Tampoco conservemos ningún borrador físico de las mismas.

Las advertencias de Linda le parecieron exageradas a Charlie al principio. Sin embargo, ella le hizo comprender que debido a su actual contrato, si las canciones que habían creado caían en manos de la disquera antes de la renovación, entonces podrían perderlas sin que hubiera ningún recurso legal viable para recuperarlas. Ni siquiera por el hecho de que Charlie era el autor principal de las mismas. La coautoría de Linda era suficiente para que estas se convirtieran en propiedad legal de Global Records en cuanto supieran de su existencia. Por supuesto, el baterista no deseaba perder todo el trabajo que realizó por culpa de un hueco legal. Así que accedió a crear un archivo digital único almacenado en un dispositivo USB depositado en una caja de seguridad con respectivas copias de llave para cada uno. Fue Linda quien se encargó de todo esto y le dio a Charlie su respectiva llave.

Los siguientes meses fueron tortuosos para ambos. Debían limitarse a esperar a que terminara el contrato de Linda. Entretanto, ella sugirió que evitaran cualquier forma de comunicación entre ellos durante ese tiempo. No les convenía hacer mención alguna sobre las canciones mientras no aseguraran la propiedad intelectual de las mismas. A Charlie le parecieron exageradas estas medidas. Pero igual aceptó a regañadientes lo que su colega le expuso, ya que ella tenía mucho más experiencia en relación a los entresijos legales de la industria musical. E incluso, siendo ignorante de esos procesos, no le costaba imaginar el poder y la influencia que una gran disquera tendría cuando se proponía reclamar sus supuestos derechos sobre algo que podría generarles mucho dinero, sin importar lo que fuera injusto o no. Nadie mejor que Charlie para adquirir plena consciencia del tesoro que representaban esas canciones en las cuales había depositado toda su fe. Ellas contenían todo el talento y la creatividad que antes no tuvo oportunidad de desarrollar.

De esta manera, Charlie acabó aceptando todas las medidas propuestas por Linda. Se mantuvo alejado de ella durante meses, evitando cualquier forma de contacto. Se limitaría a esperar el momento en que ella lo llamara para anunciarle que por fin había concretado un nuevo contrato que le garantizaba la grabación de un disco. El baterista no albergaba ninguna mala

sospecha contra Linda, ni pensaba que ella pudiera hacer algo a sus espaldas. Ambos tenían su respectiva copia de la caja de seguridad en las afueras de Maine, donde juntos pusieron el dispositivo USB, acordando que esa sería la última vez que se verían hasta que llegara el momento conveniente de sacarlas a la luz.

El futuro se manifestaba promisorio para Charlie cada vez que pensaba en lo que sucedería cuando Linda grabara un disco con sus canciones. No obstante, si había algo que definía a Charlie era su impaciencia y su falta de confianza en sí mismo. El primer mes le fue fácil mantener la convicción de que las canciones estaban en un lugar seguro y de que todo se daría según lo planeado a su debido momento. Después esa certeza se hizo cada vez más difusa. En la vida solitaria de Charlie había muchas noches de alcohol, trabajos temporales mal pagados y rechazos de mujeres que se reían de él cuando les aseguraba que pronto sería un músico reconocido por los grandes de la industria. Cuando regresaba a su casa móvil se daba cuenta de que seguía siendo igual de anónimo y miserable que siempre. Si llegaba a morir o le ocurría algún accidente a nadie le importaría.

Con cada nueva borrachera su mente era invadida por pensamientos negativos, los cuales le hacían cuestionar la lealtad de Linda Conti hacia él. Tras mucho reflexionarlo, creyó que existía la posibilidad de que la cantante lo engañó todo ese tiempo para asumir la autoría total de las canciones y excluirlo del proceso al momento en que lanzara su carrera solista. Nadie le garantizaba que las canciones siguieran en aquella caja de seguridad. Y su única seguridad estaba en la llave que poseía para abrirla, así como en el conocimiento de la dirección donde esta se encontraba. Durante semanas contempló la posibilidad de regresar a ese lugar tan solo para comprobar que las canciones seguían allí. No tenía pretensión de robárselas, traicionando la confianza de Linda. Pero necesitaba saber que el dispositivo USB estaba donde lo dejaron para calmar la ansiedad que lo embargaba.

Charlie organizó un viaje para visitar la caja de seguridad durante un fin de semana. Antes de hacerlo se vio tentado de llamar a Linda y explicarle que necesitaba hacerlo para sentirse tranquilo consigo mismo. Al final decidió que no le convenía realizar esa llamada porque una parte de él albergaba la sospecha de que descubriría una conjura en su contra. Ya sea que sus sospechas fueran infundadas o no, lo mejor era evitar alertarla sobre sus intenciones. Para el momento en que llegó a la caja de seguridad se sintió invadido por la culpa y el remordimiento. Comprendía que su presencia allí

representaba de cierta forma una traición al pacto hecho con Linda. De tanto pensar que las personas tenían algo en su contra, era él quien siempre terminaba haciendo algo para perjudicarlas. Esta vez no quería arruinar lo que había logrado junto con Linda.

De igual manera, ya había llegado hasta allá, por lo cual no tenía sentido regresar sin verificar el contenido de la caja de seguridad. A Charlie le latió con fuerza el corazón cuando introdujo la llave y le dio la vuelta. Se mantuvo inmóvil durante unos segundos sin atreverse a abrirla. Tenía miedo de confirmar sus sospechas, aunque al mismo tiempo albergaba el deseo secreto por estar en lo cierto, como si buscara una confrontación. Quería algo distinto a la espera sin respuestas, que sería lo único que obtendría si las canciones seguían allí dentro.

¡Estaba vacía! Charlie se quedó atónito contemplando el espacio hueco donde debería estar el dispositivo USB. No era muy profundo, así que introdujo la mano hasta el fondo solo para cerciorarse de que sus sentidos no lo engañaban. En efecto, no había nada allí. La única explicación era que Linda lo recogiera. ¿Por qué habría hecho eso sin avisarle? ¿Era posible que la razón se debiera a una situación distinta a la confirmación de sus peores sospechas? Ahora que al fin tenía la respuesta que buscaba, y esta se correspondía a lo que imaginaba, le costaba creer que Linda lo traicionara adrede. Ella no parecía ser el tipo de persona que le robaría el trabajo a otro artista para quedarse con todo el crédito. Mucho menos considerando que pasó los últimos años siendo considerada como coautora de temas que prácticamente fueron escritos por ella. Linda sabía mejor que nadie lo que era no obtener el reconocimiento total por tu talento.

Tras mucho reflexionarlo, se impusieron sus inseguridades llenas de desprecio contra él mismo. Concluyó que Linda, o cualquier otro, habría hecho lo mismo porque él era un fracasado desconocido. Nadie creería que era el autor de las canciones cuando Linda las grabara. En su estupidez había accedido a no conservar ninguna copia, por lo cual ahora ni siquiera tenía pruebas que lo apoyaran. Linda podría hacer lo que le diera la gana. La disquera la apoyaría con tal de obtener los beneficios que las canciones traerían a todos menos a él.

En lugar de intentar hablar con Linda para aclarar la situación, Charlie reunió todos sus ahorros para contratar a un abogado. A pesar de que el dinero del baterista era insuficiente para cubrir sus honorarios, Henry Lee Gordon lo aceptó como cliente porque le pareció tener entre sus manos un

caso con potencial para sacar mucho dinero. Incluso si se demostraba que Charlie mentía, la disquera preferiría llegar a un acuerdo privado para que no se repitieran estas acusaciones.

—No quiero llegar a un acuerdo —se negó Charlie rotundamente—. El dinero no me devolverá la dignidad. Y esas canciones me pertenecen. Yo merezco el éxito que se obtenga a partir de ellas.

—Si logramos que le decomisen las canciones a Linda, tenemos una oportunidad de ganar —explicó Henry Lee—. Si lanzamos una demanda contra ella, estará obligada a entregar las canciones para que se inicie una investigación. ¿Estás seguro de que ella tiene en su poder el USB?

—Es la única explicación —sostuvo Charlie—. Tal como te dije, solo nosotros dos sabíamos sobre la existencia de esas canciones. Ambos teníamos una llave de seguridad. Solo ella pudo llevárselas.

El abogado aceptó los argumentos de Charlie. Quería aprovechar su desesperación antes que intentara arreglar la situación con Linda y entonces ya no necesitara de sus servicios. Henry Lee era consciente de que su cliente estaba en lo cierto respecto a la autoría de las canciones. En sus años de oficio había acumulado suficiente experiencia para saber cuando alguien decía la verdad. Era por esta razón que la desesperación del hombre era aún mayor, porque perdió todo lo que representaba para él una promesa de obtener una vida mejor, acorde con lo que siempre soñó. Así que hizo todos los trámites necesarios para poner una demanda en contra de Linda Conti.

Las semanas siguientes a la demanda fueron de gran tensión para todos. Charlie lidiaba con la culpa de someter a quien fuera su única amiga a un proceso vergonzoso que ponía en riesgo su trabajo en la disquera. No obstante, habiendo llegado tan lejos, debía seguir adelante hasta las últimas consecuencias. Henry Lee estaba convencido de que cuando Linda entregara las canciones a los ejecutivos de Global Records no les quedaría otra alternativa que negociar un acuerdo para que esta historia no saliera a la luz pública.

Los pronósticos no salieron tal como Henry Lee y Charlie planearon. Linda aseguraba que esas canciones no existían, y por lo tanto no las traía consigo. Dormers comprendía que ella intentaba evitar que la disquera tomara posesión sobre estas, lo cual siempre fue su mayor miedo. Como parte de una investigación interna, unos oficiales fueron comisionados para registrar su casa y su espacio de trabajo, y así cerciorarse de que el dispositivo USB descrito por Charlie en su demanda no se encontrara en

manos de la cantante. No había rastro del mismo en ninguna parte. Era realmente como si nunca hubiera existido. Adondequiera que estuviese, Linda lo escondió muy bien.

De esta forma Charlie perdió la demanda por falta de pruebas. La disquera salió triunfante del conflicto y ni siquiera tuvo que acceder a un acuerdo especial para callarle la boca al baterista, algo a lo cual aspiraba Henry Lee en el caso de que no pudieran comprobar la autoría. El asunto es que si las canciones oficialmente no existían, toda la demanda carecía de sentido. Dormers quedó como un demente en frente de todos, o un oportunista tratando de sacar dinero a partir de una mentira.

Henry Lee le reiteró a Charlie que si conseguía recuperar esas canciones podrían ganar el caso de inmediato. El hecho de que Linda las ocultara y mintiera sobre su existencia sería suficiente para ganarle en cuanto aparecieran. Lo peor que pudo haber hecho fue fingir que ese dispositivo USB no era real. Eso implicaba que había cometido perjurio, un delito que no solo le haría perder la demanda, sino incluso su libertad. Si esto se comprobaba, a los abogados de Global Records no les quedaría una mejor solución que aceptar todas las exigencias de Charlie, con el fin de evitar que el engaño de Linda trajera las peores consecuencias. No obstante, si las canciones permanecían desaparecidas, entonces nada podría hacerse.

Sabiendo esto, Dormers necesitaba recuperarlas antes de que Linda firmara un nuevo contrato y luego pretendiera que las estaba «creando» para su disco, aunque ya existieran previamente. Durante los procesos de la demanda ambos coincidieron en los mismos espacios, pero no tuvieron la oportunidad de hablar a solas. Eso era inadmisibles para ambos en vista de la gravedad de la situación. Ella se limitaba a rehuir la mirada de Charlie como si este no existiera. Esto le causó un profundo dolor. No solo perdió su obra maestra, sino a la persona que consideraba su única amiga. Al final, todos esos acontecimientos llevaron a Charlie a sentir la más absoluta desesperación. Para él recuperar las canciones era un asunto de ahora o nunca, costara lo que costara.

La noche en que Charlie se presentó de improviso en la casa de Linda tenía planeado hablar con ella para pedirle directamente que le devolviera las canciones. No tenía un plan en mente, tan solo el impulso de encararla para ver hasta dónde era capaz de llegar en su mentira. No fue con la idea de asesinarla o secuestrar a su hija. No imaginó que llegaría a esos extremos. Pensó que su presencia sería lo suficientemente amenazante para presionarla.

Era una mujer que vivía sola con una hija a la cual debía proteger. Por lo tanto, le sería fácil disuadirla para que se las entregara sin necesidad de hacerle daño. Al menos eso fue lo que se repitió a sí mismo cuando se plantó frente a su casa.

Charlie dudó por un instante si debía tocar o, en su lugar, introducirse por la puerta de atrás que daba acceso a la cocina, la cual siempre estaba abierta. Llevaba puestos unos guantes gruesos, siendo esta una medida que tomó antes de salir para allá. Consideró que era apropiado no dejar ninguna huella incriminatoria en casa de Linda, aun cuando no albergaba pensamientos homicidas. Fue más bien como una extraña precaución que consideró pertinente, aunque no fuera capaz de explicarla porque sus acciones se conducían conforme a la improvisación frente a las circunstancias. Alzó la mirada, comprobando que la luz de la habitación de Linda estaba encendida, antes de dar la vuelta a la casa para entrar. Aparentemente el único espacio iluminado era la habitación de Linda porque todas las luces restantes estaban apagadas. A Charlie le costó moverse en la oscuridad mientras sus ojos se habituaban. No quería encender las luces ni tampoco hacer algún ruido que previniera a Linda de que un intruso allanó su hogar. Debía sorprenderla antes de que tuviera tiempo de gritar o llamar a la policía.

Cuando subió por las escaleras para acceder al segundo piso escuchó la voz de Linda, quien parecía estar cantando lo que era una de las canciones que habían escrito. Si al principio contemplaba la idea de retroceder e irse antes de que notaran su presencia, escucharla cantar hizo que la rabia disipara cualquier miedo que sentía por haberse atrevido a llegar tan lejos. La oscuridad apenas se aclaraba en el segundo piso gracias al haz de luz que salía a través de la puerta entreabierta de la habitación de Linda. Charlie caminó con sigilo por el pasillo. En un momento pasó al lado de la habitación de Caroline, cuya puerta estaba también entreabierta. Un poco de luz de la calle iluminaba la estancia desde la ventana. El baterista vio que la niña estaba sumida en un profundo sueño, abrazada a un peluche llamativo.

Charlie siguió adelante hasta llegar a la habitación que buscaba. Se asomó a través de la puerta para ver cómo Linda salía del baño con una toalla envuelta en su cuerpo. Sin pensárselo dos veces empujó la puerta para apresar a Linda entre sus brazos, poniendo una mano sobre su boca mientras con la otra apretaba sus manos para que no pudiera defenderse:

—No quiero hacerte daño, ni tampoco a Caroline —amenazó Charlie—.

No me obligues a usar medidas más drásticas. He venido a buscar las canciones, ¿me entiendes? Te soltaré si me prometes que me las darás sin intentar escapar o gritar. Recuerda que estás en desventaja y tu hija duerme en la otra habitación. Asiente si has comprendido.

Linda asintió dos veces, relajando su cuerpo para demostrarle que no seguiría ofreciendo resistencia. Esto tranquilizó a Charlie, quien la soltó de inmediato para conversar con ella en mejores circunstancias. Sin embargo, Linda tuvo una reacción completamente inesperada. A un costado de la pared más inmediata estaba apoyada una guitarra eléctrica enchufada a un amplificador de mediana potencia. La cantante la agarró para atacar con ella a Charlie, pero este bloqueó el ataque empujándola hasta la entrada del baño. En medio del forcejo Linda se tropezó en el suelo todavía resbaloso por el agua, llevando la guitarra consigo hasta caer en la bañera.

Debido al apuro por estar lista a tiempo para su cita no había quitado el tapón para que el agua contenida saliera por el desagüe. Por lo tanto, la cantante se electrocutó enseguida ante la mirada horrorizada de Charlie, a quien le costó reaccionar durante varios segundos, hasta que agarró la primera prenda de ropa que consiguió tendida en la cama para desconectar el cable conectado al instrumento. Ya era demasiado tarde. Linda había muerto de forma casi accidental. ¿Cómo explicarle eso a la policía? Aunque no tuviera intenciones de matarla, nada de eso habría sucedido si él no estuviera allí como un intruso.

Capítulo 14

El cadáver de Linda en la bañera sería una de las imágenes que acompañarían a Charlie hasta el final de sus días. Era un escenario escalofriante que representaba un punto de quiebre para su porvenir. La muerte de ella se convertía inmediatamente en una desgracia que lo condenaría mientras estuviera vivo. Ya no importaban las canciones que lo llevarían a obtener el éxito que siempre deseó, ni tampoco que jamás hubiera querido asesinar a nadie para alcanzar esa cima. El cadáver en la bañera contradecía todas sus presunciones y esperanzas. Ese era el anticipo de una vida miserable en la que solo existiría la infamia y la ausencia de libertad.

Antes de llegar a sus conclusiones todavía estaba en negación frente a lo ocurrido, sintiendo que podría encontrar una salida para tamaño desastre. A Charlie le temblaban todos los músculos del cuerpo. Su primera solución improvisada fue tratar de arreglar el cadáver de Linda para que pareciera un accidente. No estaba seguro realmente de lo que estaba haciendo cuando abrió el grifo de la bañera para llenarla un poco más luego de quitarle la toalla que todavía seguía atada a su cuerpo. Ahora el cadáver lucía un poco más sumergido, solo que completamente desnudo. Verla de esta forma lo hizo sentirse aún más avergonzado. Se dio cuenta de lo idiota que seguía siendo. Dejarse arrastrar por el miedo solo lo llevaba a tomar las peores decisiones. Sus inútiles «arreglos» tan solo acentuaron lo que se consideraría una evidencia en su contra.

Por mucho que Charlie intentara mantener la calma, su mente no conseguía formular una idea coherente. Para él cualquier cosa sería mejor que entregarse a la policía para explicar lo ocurrido. Con el fin de evitar la única alternativa justa que le quedaba, estaría dispuesto a huir del país si hacía falta. Entonces recordó que Linda tenía un automóvil en el garaje del cual podría hacer uso para alejarse tanto como le fuera posible. Con este pensamiento salió de la habitación para buscar la llave del vehículo, tras verificar que no se encontraba en ninguna parte de la habitación.

En lo sucesivo Charlie anduvo con cuidado, ya que no deseaba despertar a Caroline. Su objetivo era huir de la casa antes de que la niña descubriera lo ocurrido con su madre y mucho antes de que notara su presencia. Si ella lo veía dentro de la casa, entonces inmediatamente se convertía en un testigo clave para acusarlo. La niña ya lo había visto con frecuencia visitando a su

madre antes de pactar que no mantendrían contacto. No le sería difícil acusarlo con los policías durante los interrogatorios si ella lo descubría. ¿Qué haría entonces con Caroline si llegaba a verlo? Esto era algo que Dormers prefería no descubrir.

Encontrar la llave del auto fue mucho más difícil de lo que hubiera imaginado. Mantener la casa a oscuras añadía una dificultad extra. Si encendía las luces, entonces aumentaban las probabilidades de ser descubierto por Caroline. A su vez, si algún vecino o transeúnte estaba despierto podría declarar luego que notó actividad en la casa en un tiempo posterior a la hora de la muerte que los forenses establecerían tras inspeccionar el cadáver de Linda. Charlie había visto suficientes series de casos policíacos en su vida para creer que tenía una idea aproximada de las cosas que no debían hacerse en una situación tan desafortunada como aquella.

Debieron pasar por lo menos entre veinte y treinta minutos cuando por fin consiguió la llave del automóvil, la cual estaba metida entre los cojines de los muebles de la sala. Esto le hizo recordar lo desordenada que era Linda, quien nunca se tomaba el tiempo suficiente para arreglar la casa y constantemente perdía objetos personales cuando llegaba cansada a su hogar, lanzando todo lo que llevaba consigo a diestra y siniestra. Con la llave en la mano se sintió optimista de que podría huir con tiempo suficiente antes de que la policía determinara cualquier sospecha en su contra. Ese era el mejor plan que se le ocurrió porque parecía la salida menos perjudicial. Cuando dejara Maine tendría tiempo para reflexionar con mayor claridad los siguientes pasos de su huida.

Una vez en el garaje no se molestó en encender las luces. Entró en el vehículo y lo encendió. Entonces escuchó un grito proveniente de dentro del propio automóvil. Alertado por este ruido, salió para comprobar de qué se trataba. Al abrir la maletera se sorprendió de descubrir que Caroline estaba allí metida, abrazada al oso de peluche con el que la viera dormir una hora antes. La niña lo observó con una expresión de terror. No necesitaba preguntárselo para saber la razón por la cual se escondió. Ella había encontrado el cadáver de su madre y ahora se topaba con su asesino. Una vez más el miedo fue el peor consejero para Charlie a la hora de enfrentar la situación. Era consciente de que si Caroline se quedaba en esa casa perdería cualquier mínima posibilidad de escaparse.

—Esto no debió suceder —le dijo a Caroline—. ¿Por qué no te quedaste

durmiendo? Ahora tú y yo tendremos que dar un largo paseo.

Capítulo 15

Charlie estaba de manos atadas ante las consecuencias de sus acciones. Cada intento de mejorar la situación solo conducía a un nuevo estado de gravedad en el cual se reducían las posibilidades de escapar de la justicia. El baterista secuestró a la niña optando por no irse en el automóvil de Linda después de todo. De nada le serviría usar un vehículo que delataría el recorrido que había hecho. En su lugar convenció a la niña de que se quedara tranquila, amenazándola con botar su oso de peluche si no se comportaba. Caroline se dejó conducir por el baterista sin oponer ninguna resistencia.

Para una niña de su edad, procesar una imagen tan horrible como la del cadáver de su madre resultaba una experiencia postraumática. Así que fue sencillo para Dormers caminar junto con ella hasta llegar a una cabina telefónica, donde pidieron un taxi que los llevó hasta una habitación de hotel, no muy lejos del lugar en el que se encontraba su casa móvil. En el transcurso de esos dos días entre la muerte de Linda y la investigación desempeñada por los detectives David y Sally, cada vez que Charlie salía dejaba a la niña encerrada en la habitación del hotel que había rentado. En ese tiempo aprovechó en buscar su casa móvil con el propósito de deshacerse de ella.

La noche en que recuperó su casa móvil para llevársela recibió una llamada de su abogado que no se atrevió a responder. Seguidamente recibió un mensaje que lo alertaba sobre los detectives que lo buscaban y conminándolo a «hacer lo correcto». Su único impulso fue romper el teléfono móvil, arrojando sus partes por un barranco. Esa noche durmió junto con Caroline en la misma habitación. Charlie se arrojó en el piso, de espaldas contra la puerta para evitar que la niña se escapara, aunque realmente nunca se habría atrevido a intentarlo. Desde el momento en que la secuestró, Caroline no dijo ni una sola palabra. Incluso cuando Charlie intentaba hablarle se limitaba a abrazar al Señor Bigotes sin mirar a los ojos al hombre que ella intuía era el responsable de la muerte de su madre. Aun cuando en su mente todavía no había aceptado por completo la idea de lo que sus ojos vieron, comprendía que Linda ya no formaba parte de su vida. Fuera de ese pensamiento, todo lo demás era confuso e inexplicable.

—Mañana saldremos de Maine —le explicó Charlie, quien necesitaba hablar con alguien para sentirse menos desamparado—. Todo estará bien. No tienes nada que temer. En cuanto estemos seguros te dejaré en un lugar donde

sabrán qué hacer contigo.

Para Charlie era perfecto contar con una interlocutora muda porque así no existía ninguna oposición a sus argumentos, pero

al mismo tiempo se sentía apoyado por el hecho de saberse escuchado. Dormers le reiteró a Caroline que nada malo le ocurriría siempre y cuando se siguiera comportando del modo en que lo estaba haciendo. Seguidamente le prometió que cuando se despidieran otras personas sabrían qué hacer con ella porque dejaría una nota escrita con los datos de contacto de su abuelo.

—Tu abuelo irá a buscarte donde quiera que te encuentres. Luego ni recordarás nada de esto. Piensa que estás en medio de un sueño del cual pronto te despertarás para luego olvidarlo.

Las afirmaciones de Charlie eran ingenuas, pero incluso él mismo se las creía. Aún tenía la esperanza de que al salir de Maine le sería más sencillo hallar un modo de fugarse de la policía. Su plan era seguir viajando hacia el sur con extremo cuidado hasta llegar a la frontera de México. Una vez fuera de Estados Unidos respiraría aliviado. Su mayor obstáculo seguía siendo Caroline. No sabía cuándo sería el momento apropiado para dejarla. Mientras la retuviera consigo se convertía en su mejor carta de salvación. En el caso más extremo le serviría para negociar con los policías. Nadie intentaría hacerle daño hasta no recuperarla, por lo cual la niña se convertía en una especie de escudo.

A la mañana siguiente tomó la decisión de abandonar su casa móvil, que había estacionado en un terreno baldío no muy lejos del hotel. Una vez más decidió dejarla encerrada en la habitación para volver tan pronto como le fuera posible. Se tardaría al menos una hora y media antes de regresar. No creía que hubiera ningún problema, porque Caroline seguía catatónica. Apenas había comido, estaba muy débil y solo iba al baño cuando el baterista se lo ordenaba, casi por obligación. Era prácticamente un robot que solo obedecía las órdenes que él le dictaba.

Antes de irse, Charlie dejó la televisión encendida en el canal de dibujos animados para que Caroline se mantuviera distraída hasta su regreso. Cuando entraron por primera vez era de noche y solo dijo que la niña era su hija. El recepcionista no le prestó mayor atención, y como desde entonces no la había vuelto a ver, no tenía una imagen clara de ella en su mente. Era la clase de hotel de mala muerte donde no se hacían preguntas mientras se pagara ni tampoco hacían servicio de mantenimiento diario en habitaciones ocupadas.

Tal como David y Sally descubrieron, el baterista dejó su casa móvil en

el famoso vertedero donde estas eran desvalijadas por indigentes. Cuando regresó nuevamente a la habitación de hotel encontró a Caroline tal como la había dejado, solo que esta vez no vio la mirada apagada y el cuerpecito inmóvil acostado en la cama. En cambio vio que estaba llorando en una esquina abrazada a su peluche. Al verlo corrió desesperada para gritarle:

—En la tele dicen que fuiste tú.

Charlie comprendió de inmediato lo que ocurrió. La niña seguramente agarró el control de la televisión, el cual olvidó esconder, y al cambiar de canal se topó con las noticias locales. Ese fue el detonante para que comprendiera la realidad de lo que había visto anteriormente y pasara de la negación a la rabia. El baterista intentó calmarla, pero comenzó a gritar desesperada. Charlie puso una mano sobre su boca para que sus gritos no se escucharan.

—¡Cállate! No empeores la situación.

Caroline mordió la mano de Charlie para que la soltara y así volver a gritar. Esta vez el baterista agarró el peluche que estaba tirado en el suelo, recordándole que lo desmembraría si no se quedaba tranquila. Al creer que el Señor Bigotes estaba en peligro la niña lo jaló hacia sí. Debido al forcejeo volvió a descosérsele el brazo que Linda había remendado.

—¿Qué es esto? —preguntó Charlie al sentir algo sólido en el interior del peluche—. ¡No puede ser!

Caroline siguió gritando, pero esta vez Charlie fue radical. Volvió a taponarle la boca con las manos mientras improvisaba para ponerle un pedazo de tela alrededor de ella. Cuando consiguió neutralizarla mantuvo la mirada fija en lo que había conseguido extraer del juguete: el dispositivo USB con sus canciones. El baterista lanzó una carcajada que aterró a Caroline.

—Maldición —gritó Charlie—. ¿Y de qué me sirve esto ahora? Ya es demasiado tarde.

Con el conocimiento de que anunciaban su captura por televisión, comprendió que debía abandonar de inmediato el hotel e irse por la habitación de atrás. Arrastró a Caroline como pudo, devolviéndole su peluche descosido para caminar por los terrenos baldíos y así evitar ser visto desde la carretera. Mantendría a la niña consigo porque era su único seguro para que no le dispararan o intentaran alcanzarlo. Ella corrió agarrada de su mano hasta que se tropezó con una piedra. Charlie la recogió enseguida, pero el Señor Bigotes se le zafó de la mano, cayendo cuesta abajo en la zanja donde los detectives lo encontraron después. No se detuvieron hasta llegar a un

terreno boscoso, donde pretendió esconderse hasta que llegara la noche.

Capítulo 16

Tres horas después de que Charlie escapara con Caroline, el detective Hensley propuso investigar el hotel cercano a la zanja donde encontraron al Señor Bigotes. En la recepción les confirmaron que un sujeto con una niña ocupaba una de las habitaciones, pero se sorprende al descubrir que estaba vacía. El hombre les dice que como las personas pagan por adelantado le tiene sin cuidado lo que hagan. Charlie había pagado por una semana.

—No los vi salir. Debieron usar la salida que da a los basureros.

Hensley ordenó que enseguida se forme un equipo de búsqueda y reconocimiento para rodear los terrenos baldíos. Los policías creen que será inútil atraparlo, considerando las horas de diferencia que les lleva de delantera. Sin embargo, la intuición del detective le hace alimentar la corazonada de que Charlie y Caroline no estaban tan lejos como creían.

—Deberíamos enfocarnos en las rutas de transporte —sugirió Sally—. Podrían estar en cualquier autobús de la zona a punto de salir de Maine, si es que no lo lograron ya.

—Lo dudo —dijo Hensley desestimando la idea—. Seguramente acaba de descubrir que su nombre y el de la niña se están mencionando en los noticieros. Su salida intempestiva del hotel demuestra que quería evitar contacto con cualquiera que pudiera reconocer a Caroline. No usará medios de transporte convencionales mientras no se deshaga de ella.

—No tardará en hacerlo cuando la vea más como un estorbo que como un boleto de salvación —expresó Sally horrorizada—. Entonces se ocultarán en algún lugar mientras él toma una decisión de qué hacer con Caroline.

La siguiente hora fue de absoluta tensión para ambos detectives, quienes acompañaron al equipo de búsqueda que se distribuía a lo largo y ancho de los terrenos cercanos al hotel. Tom Stewart les explicó que no muy lejos de allí se encontraba un pequeño bosque. El detective consideró que esa información era valiosa.

—Sería un lugar perfecto para esconderse cuando todo lo que necesitas es un poco de tiempo para hacer un plan. Charlie está más desesperado que nunca. Es un animal acorralado. Debemos andarnos con cuidado porque es probable que Caroline aún lo acompañe.

Conforme a las instrucciones del detective Hensley, crearon un cordón de seguridad en torno al bosque antes de decidirse a explorarlo. Los

detectives van a la cabeza cuando al fin comienza la búsqueda dentro del lugar. Ambos desenfundan sus armas mientras los oficiales y sus perros van de un lado a otro buscando un rastro que les permita reconocer a Charlie o a Caroline.

—Presiento que estamos muy cerca —le susurró Hensley a Sally—. Los vamos a encontrar, ya verás.

A Sally le reconfortó escuchar el optimismo en la voz del detective. Sin embargo, ella albergaba su corazonada particular. No veía con buenos ojos que el bosque se pareciera al mismo de su pesadilla. Por lo tanto, temía lo peor, aunque no se atreviera a comentárselo a su compañero para que no la juzgara de supersticiosa.

—¡Alto ahí! —gritó un oficial a un extremo de donde se hallaban los detectives—. Estás rodeado. Pon las manos arriba y arrodíllate.

Los detectives se miraron a los ojos. Al parecer, uno de los oficiales apuntaba su arma a alguien en el bosque mientras otros dos iban a su encuentro para esposarlo. A Sally le sudaban las manos mientras sujetaba la pistola, expectante antes de comprobar la identidad del sujeto al que encontraron. Una exhalación involuntaria se escapó de sus labios cuando los oficiales salieron de entre los árboles llevando consigo al mismísimo Charlie Dormers.

—Caroline no está con él —dijo Hensley al ver que los oficiales solo traían custodiado al baterista con las manos esposadas—. Esto no me gusta nada.

Sally sintió una opresión fuerte en su pecho, temiendo que su pesadilla se estaba cumpliendo. La reacción de Hensley la tomó por sorpresa cuando este corrió en dirección a Charlie, lanzándose contra él para darle un puñetazo que lo derribó al suelo. Los oficiales reaccionaron de inmediato para apartarlo del detenido y evitar que intentara golpearlo nuevamente. Aunque los policías de Dresden se esforzaban en sujetar al detective, no le impidieron gritarle a Charlie:

—¿Qué hiciste con la niña? ¡Responde, miserable!

—Yo solo quería que se callara —contestó entre sollozos—. Se había portado tan bien todo este tiempo.

La respuesta de Charlie les cayó como un balde de agua fría. Sally sintió que se estaba cumpliendo el mayor temor que albergaba desde que empezó la investigación. Por su parte, Hensley le siguió gritando a Charlie e intentó desesperadamente que lo soltaran para volverlo a golpear. La sangre le hervía

debido a la cólera. Quería hacerle mucho daño, pero los policías de Dresden no se lo permitieron. Solo consiguió calmarse cuando lo apartaron de su vista.

—Hemos fallado, Sally. Pudimos haber hecho más.

Capítulo 17

El equipo de búsqueda localizó a Caroline esa misma tarde. Había sido estrangulada. Sally empezó a llorar cuando la vio. Hensley no tardó en hacer lo mismo, aunque fingió tener polvo en los ojos. Cuando trasladaron el cuerpo hasta la morgue, el doctor Markesan no dijo ni una palabra a nadie. Él examinó a la niña con mucho cuidado y la envolvió en una manta blanca antes de levantarla en sus brazos. No quiso que nadie toque a esa preciosa niña. Dentro de las próximas cuatro horas, al caer la noche, Charlie fue interrogado para que confiese sus crímenes y posteriormente es arrestado.

El baterista acepta todas las acusaciones que se le hacen, explicando entre sollozos y con lujo de detalles todo lo sucedido. Henry Lee Gordon se abstiene de representarlo, afirmando que no es un abogado penalista. Una asistencia legal representará a Charlie durante el juicio. Todos esperaban que el hombre obtenga la sentencia máxima aplicable en el estado de Maine.

Un par de días después el señor Adam Conti organiza un funeral doble para su hija y su nieta, al cual asisten los detectives. Ningún representante de la industria musical se presentó para darle sus respetos al padre y abuelo doliente. Esa misma tarde, tanto Sally como David fueron convocados para una reunión especial con Ryan Stone. El motivo de la misma es el cierre del expediente de la investigación, o al menos eso es lo que ellos piensan. La gran sorpresa es que al entrar a la sala de juntas se encuentran con un par de sujetos bien trajeados, quienes los reciben con absoluta frialdad. Se trata, nada más y nada menos, de Ron Thompson en compañía de su abogado.

—Hay cosas que debemos discutir antes de dar por terminado este caso —les explicó Ryan—. Una de ellas es decidir lo que haremos con el dispositivo USB que Charlie llevaba consigo.

—El objeto que dio origen a todos estos delitos —puntualizó Hensley con amargura—. Pues hagan lo que les dé la gana. ¿Eso qué tiene que ver con nosotros?

—Preferiríamos evitar un proceso largo y tedioso para recuperarlo —intervino Ron—. El objeto pertenecía a Linda y contiene unas canciones compuestas por ella. Técnicamente nos pertenecen.

—Lo que Ron pretende decirles es que necesita una firma de parte de ustedes —explicó Ryan—. Hemos redactado una declaración donde se asegura que Charlie no llevaba ningún objeto consigo. Como ya ha confesado

sus crímenes, ese objeto no nos sirve de nada.

—Ahora entiendo —respondió Hensley con acentuada ironía—. Usarán las canciones de Charlie Dormers y Linda Conti, aunque sean la obra de un criminal y una pobre víctima. ¿Al menos les darán el crédito?

—Las canciones estaban en posesión de Linda —reiteró Ron—. Se le dará el crédito a su autora conforme a lo estipulado en su contrato. Si nos hacen el favor de firmar ese reporte les daremos una donación de buena fe por el buen trabajo que hicieron resolviendo el caso de Linda.

—No hicimos un buen trabajo —refutó Hensley—. No salvamos a la niña. Lo más gracioso de todo esto es que firmaré el dichoso reporte, pero no quiero que me den nada a cambio. Lo haré por el simple hecho de que Charlie vivirá privado del reconocimiento que cree merecer. Ese castigo será mejor que su vida en prisión. Pero no puedo responder por Sally.

Todos se quedaron viendo a la detective, esperando a que confirmara si seguiría los pasos de su compañero o en cambio rechazaría la propuesta.

—Firmaré con una sola condición —aceptó Sally—. Que acepte mi renuncia, capitán Stone. Hensley tiene razón. Fracasamos porque no salvamos a Caroline. Eso era más importante que unas tontas canciones. Simplemente no quiero trabajar en un oficio donde eso tenga más valor que la vida de un inocente.

Stone bajó la mirada, ocultando la culpa que sentía ante la respuesta que le dieron ambos detectives. Obtendría de ellos lo que estaba pidiendo, aunque logrando que se sintiera desmoralizado en el proceso. Perdía el respeto de uno de los mejores detectives que había conocido y, en el caso de Sally, era el responsable del final de una carrera que comenzaba a ser prometedora. Cumpliendo con su palabra, ambos firmaron el reporte, inmersos en un silencio ceremonioso. Sally lo hizo primero y salió corriendo de las oficinas. Quería tomar aire mientras reflexionaba sobre la gran decisión que había tomado, de la cual no se arrepentía porque consideraba que era lo correcto. Un minuto después Hensley fue a su encuentro para hablarle, llevando consigo al Señor Bigotes.

—En vista de que nos estamos deshaciendo de la evidencia, pensé que debías llevártelo.

—Lamento no tener tu temple y tus agallas —se disculpó Sally—. Quizá no nací para esto.

—No tienes que disculparte conmigo —le dijo Hensley con un tono afectuoso y paternal—. Comprendo perfectamente tu decisión. Ha sido un

inmenso placer trabajar a tu lado.

—Pues ya no te molestaré más. Me llevaré al Señor Bigotes como un recordatorio triste, y al mismo tiempo alegre. Me recordará la fragilidad de la justicia, pero también a ti, por haber sido un excelente compañero.

Entre ellos se producía un entendimiento perfecto que no necesitaba más cumplidos o disculpas. No manifestó oposición alguna a su decisión, aunque considerara una lástima su retiro; le habría gustado que las cosas fueran distintas para su futuro profesional debido a su potencial. Hensley se permitió darle un abrazo a Sally antes de despedirla. Por un momento sintió que le daba a ella el abrazo que no pudo darle a su hija.

—No te quito más tiempo —dijo Hensley sonriéndole—. Cuida bien del Señor Bigotes.

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Conéctate con Raúl Garbantes

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor escíbeme directamente a raul@raulgarbantes.com. También me puedes encontrar en:

www.raulgarbantes.com

[Amazon](#)

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Mis mejores deseos,

Raúl Garbantes

Otras obras del autor

[Goya](#)

[Tiroteo](#)

[La Huida](#)

[El Ausente](#)

[Sombra Infernal](#)

[Noche Criminal](#)

[Juegos Mortales](#)

[Golpe de Muerte](#)

[Misión Riesgosa](#)

[Miedo en los Ojos](#)

[Suicidas del Aspa](#)

[Laberinto de Sangre](#)

[Paradero Desconocido](#)

[Atentado en Manhattan](#)

[El rapto de Daniel Evans](#)

[El Palacio de la Inocencia](#)

[Investigador Privado Nathan Jericho:](#)

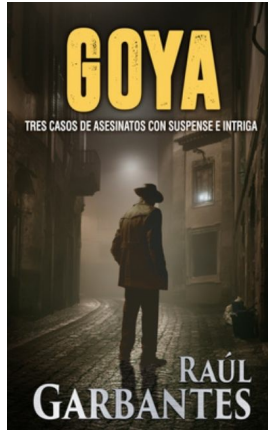
[Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinatos, crímenes y misterios](#)

[La Caída de una Diva \(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 1\)](#)

[Fuego Cruzado \(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2\)](#)

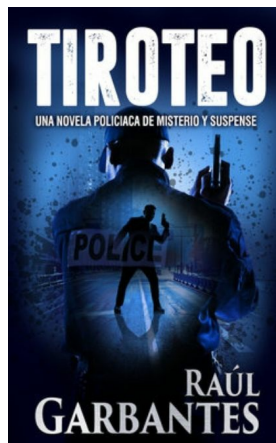
[Asfixia: \(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 3\)](#)

Goya: Tres casos de asesinatos con suspense e intriga



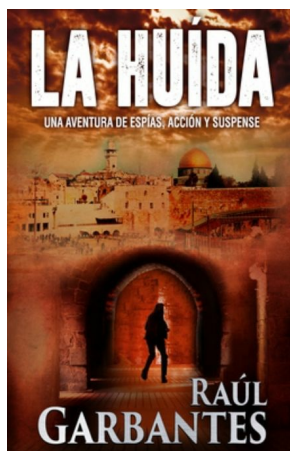
Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiérela [AQUÍ](#)

Tiroteo: Una novela policiaca de misterio y suspense



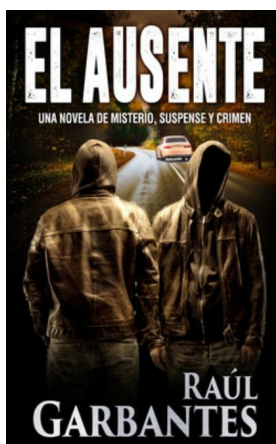
Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiérela [AQUÍ](#)

La Huida: Una aventura de espías, acción y suspense



Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiérela [AQUÍ](#)

El Ausente: Una novela de misterio, suspense y crimen



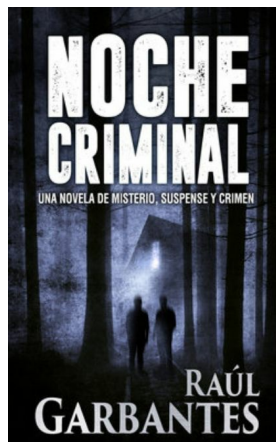
Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiérela [AQUÍ](#)

Sombra Infernal: Un thriller de acción, misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Noche Criminal: Una novela de misterio, suspense y crimen



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Juegos Mortales: Una novela de suspenso, crimen y misterio



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Golpe de Muerte: Una novela de intriga, misterio y asesinato



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Misión Riesgosa: Un thriller de acción y romance; misterio y suspense



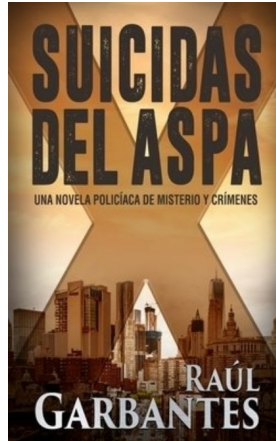
Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiérela [AQUÍ](#)

Miedo en los Ojos: Una novela policíaca de misterio, asesinos en serie y crímenes



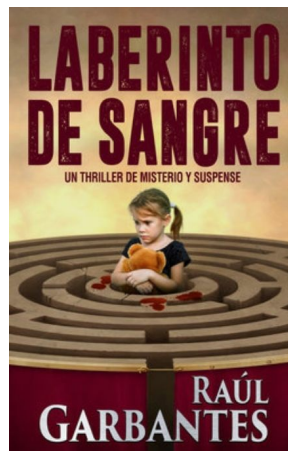
Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiérela [AQUÍ](#)

Suicidas del Aspa: Una novela policíaca de misterio y crímenes



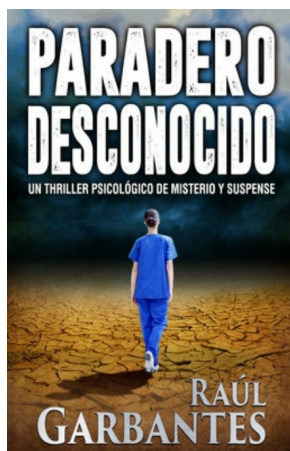
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Laberinto de Sangre: Un thriller de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Paradero Desconocido: Un thriller psicológico de misterio y suspense



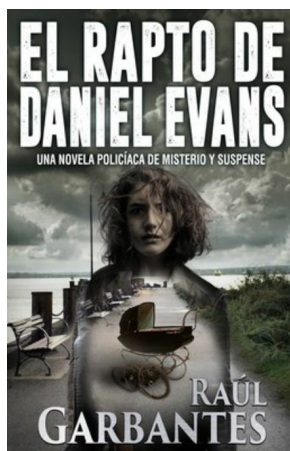
Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiérela [AQUÍ](#)

Atentado en Manhattan: Un thriller de acción, misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiérela [AQUÍ](#)

El rapto de Daniel Evans: Una novela policíaca de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiérela [AQUÍ](#)

El Palacio de la Inocencia: Un thriller de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiérela [AQUÍ](#)

Investigador Privado Nathan Jericho



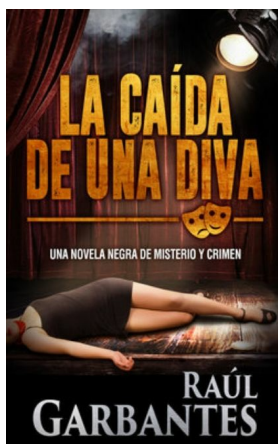
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinos seriales, misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

La Caída de una Diva: Una novela negra de misterio y crimen (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 1)



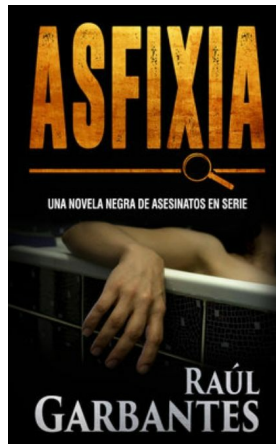
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Fuego Cruzado: Una novela negra de romance, misterio y crimen (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2)



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Asfixia: Una novela negra de asesinatos en serie (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 3)



Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiérela [AQUÍ](#)

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Notas del autor](#)

[Otras obras del autor](#)